

SERVICIO SECRETO

se

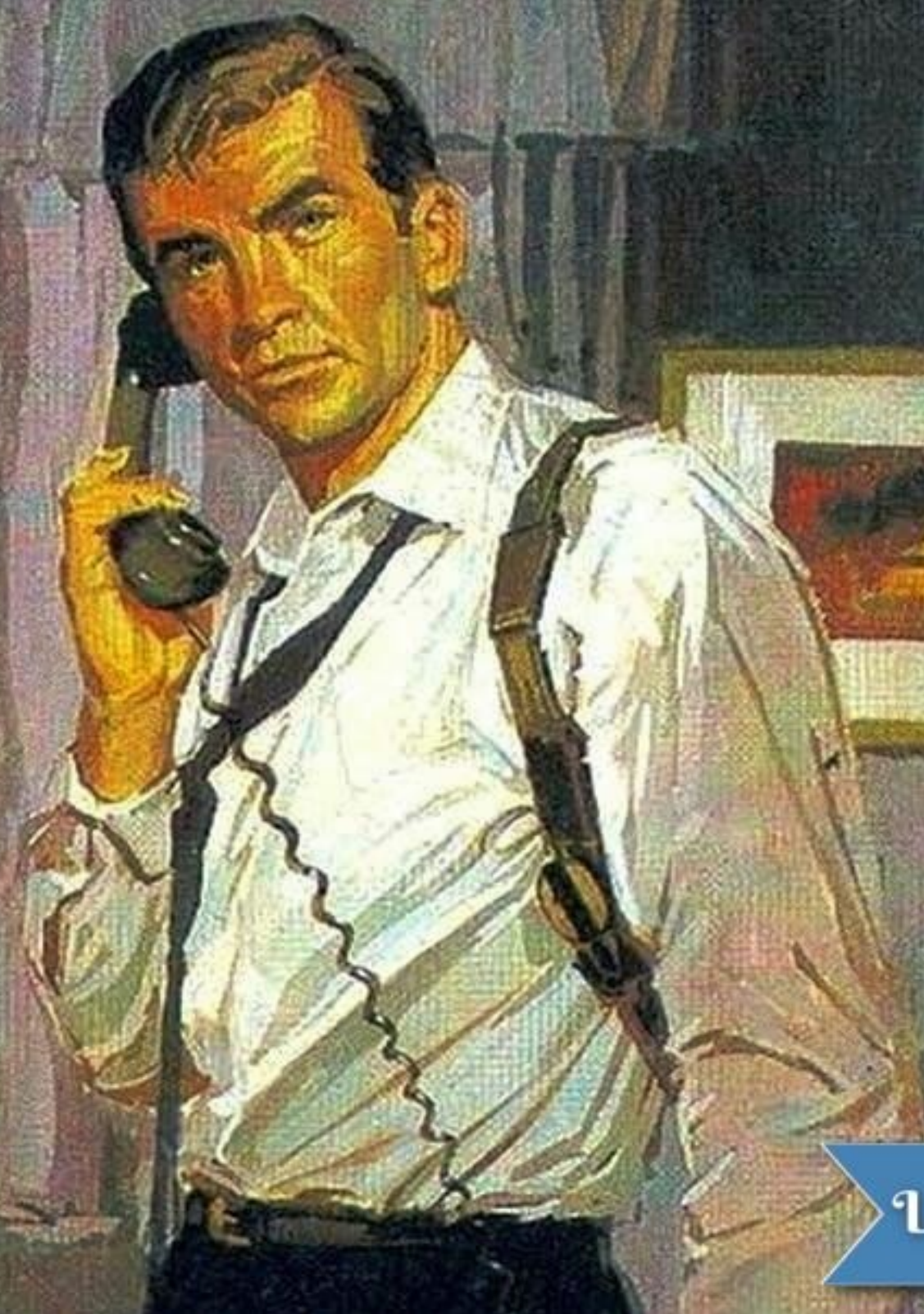
BOLSILIBROS



POLICIACO

ASESINATO ARTISTICO

Lou Carrigan



Lectulandia

A sus casi cuarenta años Daniel Everett estaba ya más que fastidiado de dos cosas.

A saber: 1) de ser guapo, y 2) de ser un agente de acción de la CIA.

Si le hubiesen preguntado de cuál de las dos cosas estaba más harto lo habrían puesto en un apuro, pues no habría sabido por cuál decidirse. Tal vez por lo de ser guapo. Estaba hasta la coronilla de ser guapo, y quizá era por eso que estaba dispuesto a seguir en la CIA, pero siempre y cuando le encerrasen en un despacho donde pudiera utilizar su inteligencia y dejar de utilizar su físico.

Ajá, sí, señor, bien encerradito en un despacho, donde nadie fuese a plantarse delante de él y quedar pasmado, con la boca abierta, la expresión incrédula. ¡Al demonio de una vez la belleza física! ¿Es que acaso no cuenta la belleza intelectual?

Pues eso.

Lectulandia

Lou Carrigan

Asesinato artístico

Bolsilibros: Servicio Secreto - 1777

ePub r1.0

jala y xico_weno 05.02.18

Título original: *Asesinato artístico*

Lou Carrigan, 1984

Ilustraciones: Lozano

Editor digital: jala y xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

A sus casi cuarenta años Daniel Everett estaba ya más que fastidiado de dos cosas.

A saber: 1) de ser guapo, y 2) de ser un agente de acción de la CIA.

Si le hubiesen preguntado de cuál de las dos cosas estaba más harto lo habrían puesto en un apuro, pues no habría sabido por cuál decidirse. Tal vez por lo de ser guapo. Estaba hasta la coronilla de ser guapo, y quizá era por eso que estaba dispuesto a seguir en la CIA, pero siempre y cuando le encerrasen en un despacho donde pudiera utilizar su inteligencia y dejar de utilizar su físico.

Ajá, sí, señor, bien encerradito en un despacho, donde nadie fuese a plantarse delante de él y quedar pasmado, con la boca abierta, la expresión incrédula. ¡Al demonio de una vez la belleza física! ¿Es que acaso no cuenta la belleza intelectual?

Pues eso.

Pero una cosa era lo que Daniel Everett deseaba y otra, cosa bien distinta era lo que deseaba la CIA, de modo que cuando Everett fue llamado a cierto despacho se puso de malhumor y, hablando en plata, llegó allá con un cabreo de mil demonios. ¿Por qué? Pues, porque sabía que de aquel despacho sólo podía salir con una orden para cumplir una más de las misiones de acción de las que ya estaba harto y más que harto...

—Ah, Dan —saludó amablemente su jefe—, pase y siéntese, muchacho.

Daniel entró, se sentó, y farfulló:

—Ya no soy precisamente un muchacho, señor.

Su jefe lo miró sorprendido. Los tres hombres que había en el despacho de su jefe lo miraron sorprendidos. Daniel se quedó sorprendido de que sus palabras los hubieran sorprendido a los cuatro.

—¿Qué quiere decir? —inquirió por fin el jefe.

—Voy a cumplir cuarenta años, si me permite recordárselo.

—¿Y cuál es el problema?

—Me pregunto cuánto tardaré en tener artrosis o algo parecido.

El estupor cundió entre los presentes. Los cuatro directivos de la CIA quedaron realmente estupefactos durante unos segundos. Luego, como puestos de acuerdo, soltaron la carcajada al unísono. Y es que, en cierto modo, lo que había dicho Everett tenía gracia. Mucha gracia. Imaginarse a un hombre como Dan Everett con artrosis era algo así como un chiste. Medía metro ochenta y cuatro, era rubio, atlético, espléndido, guapo, sano y, a decir verdad, nadie diría que tenía más de treinta y dos o treinta y tres años.

Era, dicho sea de una vez por todas, uno de los privilegios de la vida, uno de los mimados por la naturaleza a la hora del reparto de cualidades físicas y virtudes intelectuales. Y punto.

—Como chiste para empezar el día no está nada mal —dijo el jefe—. Pero nos hemos reunido para hablar de cosas serias, Dan.

Éste suspiró. Se estaba temiendo que era inútil todo cuanto él pudiera decir, sugerir o suplicar.

—De acuerdo, señor. Hablemos de cosas serias.

—Hablemos —dijo otro de los reunidos— de Charly Caracciolo.

Daniel le dirigió una viva mirada, y en seguida frunció el ceño.

—Caracciolo no es más que un vulgar gánster —dijo—, uno de esos mafiosos de medio pelo.

—Nada de medio pelo —contradijo otro—. Carlo Caracciolo, o Charly, como a él le gusta que le llamen, es uno de los más importantes jefes actuales de la mafia no sólo en América, sino en Europa. Usted debería estar enterado de eso, Everett.

—Lo estoy —asintió Daniel—, pero para mí ese tipejo sigue siendo un gánster de medio pelo. Lo que quiero decir es que para la CIA un sujeto de éstos es sólo basura que no interesa para nada. Que se encargue de él la policía, o el famoso e invencible FBI.

—De acuerdo, ése es otro chiste —refunfuñó el jefe—. Digamos que hasta el momento nosotros tenemos demasiada categoría para preocuparnos de sujetos como Caracciolo. ¿Es eso lo que quería decir, Dan?

—Exactamente eso. La CIA es un águila que busca gavilanes, no un mochuelo que busca ratas lisiadas.

—Oiga —sonrió otro de los reunidos—, hoy está usted en vena de ingenio, muchacho.

—Casi siempre suelo ser simpático y ocurrente —sonrió irónicamente Daniel—. Lo que pasa es que en la CIA no se me ha apreciado lo suficiente en ese aspecto y sentido.

—Pues oiga, es usted tan dicharachero e ingenioso que le sentaría de maravilla el puesto de relaciones públicas de la CIA. ¿Le gustaría?

—No, señor. Yo lo que quiero es un despacho.

—¿Un qué? —exclamó el jefe.

—Un despacho para trabajar con los sesos y dejar de andar por ahí trabajando con los músculos dándomelas de guaperas. ¿Me explico, señor?

—Pero bueno —se mosqueó el jefe—, ¿a qué viene esto?

—Olvídelo —suspiró de nuevo Daniel—. Bueno, estábamos hablando de esa escoria llamada Carlo Caracciolo, Charly para los amigos. Y si hablábamos de él es que en cierto modo parece que puede llegar a interesarle a la CIA. ¿Tal vez pretende presentarse para presidente de los Estados Unidos de América?

—Ya está bien, Dan —gruñó el jefe—. Luego hablaremos usted y yo en el tono que prefiera, pero ahora hablemos en serio. De acuerdo en que ese Caracciolo no es digno de nosotros, pero seamos lo bastante inteligentes para cambiar de idea si así conviene o parece adecuado. ¿Está de acuerdo?

—En eso sí, naturalmente. ¿Qué ha hecho Caracciolo para atraer nuestra ilustre atención?

—Él, nada. Pero se ha recibido un anónimo aquí, en la central, que le menciona. Léalo.

El jefe le tendió a Daniel una carpeta de plástico dentro de la cual había un folio normal y corriente con letras recortadas de periódico y pegadas con cola al folio. Nada más ver las letras, Daniel comentó:

—Del New York Times.

—¿Qué...? Ah, sí, las letras; ya sabemos eso. Incluso hemos obtenido algunas huellas del papel, pero no han sido identificadas. Lo cual demuestra que quien ha enviado el mensaje no está fichado ni en la CIA ni en el FBI, y ni siquiera en la policía.

—Pues debe ser un ángel del cielo, porque en este país todo el mundo está fichado.

—¡Dan!

—¿A qué escandalizarnos? Somos un país superpolicial, ¿no es cierto? Escuchamos conversaciones, tomamos fotografías y huellas por una nadería, y así, el ciudadano que no está fichado de un modo u otro incluso resulta sospechoso.

—Oiga, Morrison... —empezó uno de los tres visitantes del jefe.

—Tranquilos, tranquilos... No pasa nada —masculló el jefe—. Luego hablaré con él. Ahora vamos a dejarlo que se desahogue.

—Sí —dijo Daniel—, tenía todo esto en el buche hacía tiempo, y me ha sentado muy bien echarlo afuera.

Pero vamos a ver el importante anónimo que hace referencia al magnate del gansterismo.

Uno de los visitantes soltó un bufido, y los otros dos fruncieron el ceño. Daniel les dedicó una «encantadora» sonrisa, y leyó el anónimo.

Decía:

A LA CIA LE INTERESA CARLO CARACCIOLO

Un gesto de incredulidad apareció en el rostro de Daniel Everett. Releyó el facilísimo mensaje, movió la cabeza, y miró a su jefe, que de pronto se sofocó y farfulló:

—Muchas veces los anónimos nos han proporcionado pistas, Dan.

—Claro, señor —dijo muy amable Daniel—. Por supuesto. Pero si me lo permite preguntaré: ¿por qué nos interesa Carlo Caracciolo?

—Debe estar tramando algo importante —intervino uno de los visitantes—. Por eso está en New Hampshire y no en las Bahamas.

—Estoy seguro de que si me explica bien eso que acaba de decir lo entenderé —

le miró Daniel.

—Oficialmente, Carlo Caracciolo salió de vacaciones de otoño hacia las Bahamas, en su yate Plutarco.

Zarpó rumbo al Sur, de modo que todos lo consideran rumbo a las Bahamas, o ya en cualquier lugar de una de esas islas. Sin embargo, está hacia el Norte, concretamente en la desembocadura del Hampton River, en Hampton Beach, localidad costera del Estado de New Hampshire.

—Es decir —parpadeó lentamente Daniel—, a cuatro pasos de aquí.

—Bueno, a algo más de cuatro pasos, pero sigue en Estados Unidos mientras pretende que todos crean que está navegando hacia las Bahamas o, en todo caso, descansando en algún lugar secreto de una de esas islas, con su hermanita y sus amantes.

—¿Los amantes de la hermanita?

—Las amantes de él.

—Ah, ya. Me había extrañado bastante.

—¿A qué se refiere?

—Tengo entendido que la hermana de Caracciolo está más que harta de que su hermano quiera meterle en la cama hombres guapos que la hagan feliz para que finalmente ella elija uno que la ame para siempre. Es una de esas clásicas situaciones latinas de la hermana solterona ávida de auténtico amor y un hermano poderoso y complaciente que quiere proporcionárselo.

—Ya, ya. Pero yo no diría que la hermana de Caracciolo sea precisamente una solterona: sólo tiene veinticinco años.

—Para una italiana eso es una tragedia. Y además, la pobre mujer es fea y gorda.

—Bueno, eso sí, un poco —titubeó el jefe—. Hemos conseguido algunas fotografías de ella y de los demás ocupantes del yate, y realmente...

—¿Han conseguido unas fotografías? —exclamó Daniel—. ¿Cuándo y cómo?

—Ayer, por medio de uno de nuestros agentes, naturalmente. Cuando se recibió el anónimo y decidimos interesarnos por el viaje de Caracciolo a las Bahamas nos sorprendió mucho no encontrarlo en ruta ni hallar rastro alguno de él. Se dio entonces una orden general de localización, y nuestra sorpresa fue recibir la noticia de que el yate Plutarco estaba en New Hampshire. Pedimos confirmación de eso, y el agente que había localizado el yate se las arregló para obtener unas cuantas fotografías. Supongo que quieres verlas.

—No serán tan buenas como las que aparecen en las revistas sensacionalistas, pero bueno, les echaré un vistazo —condescendió Daniel.

Tomó el sobre que le tendía su jefe, y sacó las fotografías. No tuvo la menor dificultad en identificar a Carlo Caracciolo en varias de ellas, si bien, en efecto, había visto mejores fotografías del mafioso en revistas populares. Carlo Caracciolo era un cuarentón rozagante y pimpante, saludable, de cara redonda y mofletuda como la de un perro pachón, calvo como una sandía, boca pequeña, gesto sonriente... pero

provisto de unos inteligentísimos, diminutos y perversos ojos negros cuya expresión de fondo, ciertamente, no podía engañar al veterano Daniel Everett, que apretó los labios.

Miró luego las fotografías de la hermana de Caracciolo, Sofía, que era fácil identificar porque, en efecto, estaba bastante gorda; su gesto era adusto, y la muchacha no era precisamente guapa. Había también fotografías de otras cuatro personas: dos hombres de unos treinta años, de aspecto atractivo, aunque uno de ellos quizá algo obeso, y dos muchachas, muy hermosas, una de ellas rubia y la otra pelirroja, ambas vestidas de marino...

—Las dos chicas suponemos que son sus amantes —dijo el jefe—, o algo así, aunque aparentemente se ocupan del barco. De los dos sujetos, el más gordo es el cocinero de a bordo y el otro el camarero. La hermana es fácil de identificar...

—Sí —asintió seriamente Daniel, concentrando su atención en las fotografías de Sofía Caracciolo—, es fácil de identificar. Bien, ¿qué están haciendo estas personas en Hampton Beach, New Hampshire?

—Caramba, Dan, eso es lo que queremos que usted averigüe, much... Bien, nos gustaría que fuese allá a echar un vistazo.

—Gracias por no llamarme muchacho —sonrió Daniel; blandió las fotografías—. Veamos, si tenemos fotografías es que alguien está ya controlando a Caracciolo, ¿no es cierto? Quiero decir que después de ser localizado no debemos haberlo perdido de vista.

—Claro que no. Tenemos unos cuantos muchachos en eso.

—Entonces... ¿qué pinto yo? —se sorprendió Daniel.

—Queremos que vaya usted, y retirar a los agentes que actualmente vigilan al yate Plutarco. Queremos un solo hombre, pero eficaz y discreto.

—Ya. Y a lo mejor hasta se les ha ocurrido que sería interesante que el agente en cuestión, además de eficaz y discreto, fuese guapo y todo eso, por si había alguna posibilidad de contactar con la hermana de Caracciolo o con alguna de sus amantes... que estaría encantada de ponerle los cuernos al gánster con un tipo guapetón y simpático... Vamos, algo así como yo.

—Es una situación muy clásica —dijo secamente uno de los visitantes—, pero que siempre ha dado resultado, Everett.

—Ya lo sé. Y ello es debido a que la gente es tonta... en general. Pero Carlo Caracciolo no es tonto. ¿O ustedes creen que sí es tonto?

—No... Desde luego que no.

—Ajá. Y les diré otra cosa, que ya he mencionado antes: Sofía Caracciolo está harta de esos tipos guapetones de mi línea y corte. ¿Comprenden lo que quiero decir?

—Bueno, sí, pero usted no es ningún patán que...

—No, no lo entienden, ya lo veo. Mire, señor, en el mismo momento en que Sofía Caracciolo me viera ante ella empezaría a bufar como una gata furiosa defendiendo su virginidad. ¿Quieren entenderlo? Esa chica está hasta el moño de tipos como yo,

precisamente debido a que su hermano, para complacerla, le ha estado metiendo en la cama los mejores ejemplares... según las malas lenguas, que yo no lo he visto, quede bien claro. En cualquier caso, yo me permitiría hacerles una sugerencia, dicho sea con toda modestia y sin ánimo de molestar o imponerme.

Todas las miradas estaban fijadas en Daniel Everett. Por fin, tras un largo y denso silencio, el jefe preguntó:

—¿Qué sugerencia?

—Podría decir que para vigilar a distancia a Caracciolo lo mismo da que vaya yo o que vaya otro u otros, pero como evidentemente lo que interesa es un acercamiento y hasta quizá un contacto bien hecho..., ¿no les parece que yo resulto demasiado... llamativo?

—¿Qué sugerencia? —insistió el jefe.

—Envíen a otro agente.

—¿Me permite recordarle una cosa? —deslizó uno de los visitantes.

—Cómo no —sonrió Daniel.

—Lo que quiero decirle es que Carlo Caracciolo podría buscarnos toda una serie de complicaciones si se lo propusiera, recurriendo a determinadas amistades introducidas en las altas esferas. Usted sabe muy bien que la mafia tiene muy buenas relaciones en esas altas esferas, Everett.

—Sé que existe podredumbre en todas partes —replicó secamente el espía.

—De acuerdo. Como sea, la CIA ha decidido interesarse por las actuales actividades de Caracciolo, concretamente por su presencia en Hampton Beach cuando todos creen que está en las Bahamas. Ahora bien, sabemos que incluso dentro de la CIA podría haber cierto... malestar si se supiera que estamos rastreando a ese gánster. ¿Me comprende?

—O sea, que Caracciolo tiene también amigos en la CIA.

—Es una posibilidad a tener en cuenta. Y precisamente por eso nos interesa Caracciolo aprovechando que alguien ha traído nuestra atención hacia él. Digamos que nosotros no podemos... eliminar a los amigos de Caracciolo dentro de la CIA, pero podríamos eliminar ese sector de... podredumbre simplemente desembarazándonos de Caracciolo. Dicho de otro modo; si desaparece el pecado ya no tendría objeto que existieran los pecadores.

—O sea, eliminar la droga para que no haya drogadictos. Si eliminamos a Caracciolo ya no tendrá objeto preocuparnos por los muertos que en estos momentos están en relación con él. Dejarán de ser malos chicos por el simple hecho de que ya no existirá la maldad llamada Carlo Caracciolo.

—Exacto.

—El plan es bueno —dijo ahora muy seriamente Daniel Everett—, y por supuesto cuenta con todo mi apoyo. Pero de verdad, señores: si yo me acerco a los Caracciolo les aseguro que cuando menos la gordita Sofía se va a poner a bufar, pensando que soy un enviado de su hermano para contentarla. Y como Carlo sabe que no es así, se

preguntará quién es el tipo alto, rubio, guapo, encantador y todo eso que «casualmente» ha hecho contacto con su hermana..., o con cualquiera de los ocupantes del yate Plutarco. De veras, no soy el adecuado para este trabajo, si se ha de hacer contacto.

—No es que sea obligatorio el contacto —dijo uno de los visitantes—, pero es muy posible que se presentara ocasión de producirse, y por supuesto que no habría que desaprovechar esa ocasión.

—Veamos, Dan —murmuró el jefe—, eso de enviar otro agente está bien, pero tiene que ser de tal categoría que...

—Norman Kaplan —dijo sin titubeo alguno Daniel Everett.

—¿Kaplan? —Respingó el jefe—. ¡Claro que no!

—¿Por qué no? —Se mosqueó Daniel.

—¡Ese muchacho no puede afrontar un trabajo de esta envergadura y delicadeza!

—Mejor que yo —aseguró Daniel Everett—. Y no porque sea más listo, sino porque es más educado. Es un hombre inteligente, de modales suaves, muy lejos su aspecto del guapetón de mi línea varonil agresiva... Es tranquilo, paciente y astuto. Y aunque parece un buen muchacho inofensivo es peligroso como una víbora. Habla cuatro idiomas, entre ellos precisamente el italiano, y me apuesto un testículo a que si lo ve la hermana de Carlo Caracciolo se enamorará de él, pues es lo más opuesto a los guapos de feria como yo que hasta ahora le ha estado endosando su hermano...

—Un momento, un momento —cortó el jefe—. ¡No irá a decirme que Kaplan es feo!

—No, señor —sonrió Daniel—. Yo diría que es incluso más guapo que yo, pero... en otro estilo. Insistiendo, diré que es la clase de muchacho que puede despertar los más tiernos sentimientos en una mujer como Sofía Caracciolo, harta de hercúleos y apolíneos sujetos llenos de músculos por todas partes. Mire, señor, si Carlo hace chascar dos dedos su hermana tiene a sus pies treinta sujetos como yo, más o menos. Pero no le sería nada fácil encontrar un muchacho como Norman Kaplan, se lo aseguro.

—Es muy joven —se resistió el jefe.

—Tiene veintisiete «añitos», y en varias ocasiones ha demostrado tenerlos tan bien puestos como cualquiera. Jefe: ¿me permite que le diga otra cosa?

—No creo que pudiese impedirlo —se resignó el jefe—. Adelante, hoy es día de hablar mucho. Suéltelo.

—Usted debería estar en un escalón más alto, y yo, con su permiso, sentado en la butaca que usted ocupa ahora.

—¿No se está pasando de la raya, Everett? —preguntó fríamente uno de los visitantes.

—No, señor —le miró fijamente el veterano espía—. Y usted lo sabe perfectamente. Lo que ocurre es que aquí cuesta mucho mover al personal cuando se ve que funciona en un determinado puesto..., sin tener en cuenta que en otro puesto

puede funcionar mejor todavía. Por ejemplo, el jefe estaría prestando más útiles servicios en un puesto más alto, yo tengo ganas de demostrar que puedo dirigir con métodos modernos y menos rígidos una estupenda plantilla de agentes de acción, y en cuanto a Norman Kaplan, es el más astuto y eficaz agente «joven» con que contaremos en muchos años, y apuesto por él lo que quieran. Y por el jefe en un puesto más alto. Y por mí mismo. Señores, yo tengo un trío formidable: ¿qué tienen ustedes?

Cuando Everett terminó de hablar pareció que el silencio fuese algo tangible. Por primera vez su jefe lo miraba no sólo con aprobación, sino incluso con actitud de apoyarlo, lo cual era no poco lógico.

Por fin, uno de los visitantes movió la cabeza, y dijo, suavemente:

—De acuerdo, usted y Morrison son dos buenas cartas, y nosotros lo sabemos. Pero antes de aceptar su propuesta queremos conocer a ese muchacho llamado Norman Kaplan y asegurarnos de que podrá afrontar este trabajo con las garantías que exigimos en cuanto a eficacia y discreción. Veamos: ¿quién y cómo es ese Kaplan...?

CAPÍTULO II

No era demasiado alto ni demasiado atlético, y tal vez llevaba el cabello demasiado largo, pero era guapo.

Tenía una belleza, quieta, serena y suave en absoluto agresiva, y su mirada era tranquila y amable. A decir verdad, y para resumirlo, Norman Kaplan era el polo opuesto del clásico guapo de película que a todas las enamora con su virilidad arrolladora... que siempre termina por hacerse cargante.

Calzaba unas gruesas y viejas botas, y vestía unos tejanos gastados y sólidos, camisa negra, y un grueso chaquetón que parecía ser su máxima fortuna, porque se envolvía en él continuamente. De aquí se desprendía una cosa clarísima: Norman Kaplan era un friolero.

Porque a fin de cuentas, Hampton Beach, en New Hampshire, tampoco es Alaska; cierto que hacía algo de frío, pero no había para tanto. Eso sí, por la noche refrescaba, y no poco. Y, precisamente, parecía que Norman Kaplan tenía predilección por la noche.

Por ejemplo, aquélla era ya la segunda noche que rondaba sigilosa y cautamente por las cercanías del embarcadero construido en la orilla izquierda del Hampton River. Un poco más cerca del mar estaba el otro embarcadero, el del club privado de yates, pero Norman Kaplan no tenía nada que hacer en este lugar, y sí en el embarcadero general.

Es decir, cerca del embarcadero.

Se había concedido a sí mismo cuarenta y ocho horas de calma y paciencia antes de buscar la acción directa, así que, provisto de prismáticos y una cámara fotográfica especial con teleobjetivo no menos especial, se dispuso a pasar la segunda noche de vigilancia desde el perfecto escondrijo que se había buscado, detrás de un montón de cajas cubiertas con una lona que seguramente serían cargadas muy pronto en alguna de las embarcaciones surtas en el embarcadero.

La primera noche no había ocurrido nada digno de mención, y, sinceramente, Norman Kaplan no esperaba que ocurriese nada la segunda. Por lo tanto, al día siguiente entraría en acción directa. Sabía que por la mañana y por la tarde la gorda, lustrosa y fea hermana de Charly Caracciolo salía a dar un paseo, y no tenía la menor duda de que él sabría y podría aprovechar la ocasión.

Por el momento, bien envuelto en su grueso chaquetón, no tenía más remedio que...

Un momento.

Todo el aburrimiento resignado de Norman Kaplan se esfumó repentinamente.

Todo lo que ocurría era que había aparecido una persona en el embarcadero, caminando, al parecer procedente del club de yates. Podía dirigirse a cualquier sitio,

pero, como solía ocurrirle con mucha frecuencia, Norman Kaplan tuvo el palpito.

Y acertó. El hombre que había aparecido casi súbitamente se encaminó, sin prisas pero decididamente, hacia el yate Plutarco, cuya pasarela recorrió mientras Norman recurría a los prismáticos y los enfocaba a nuevo personaje.

Nuevo, porque no era, ciertamente, ninguno de los que hasta entonces había visto Norman entrando o saliendo del yate o simplemente en la cubierta.

Y además, era chino.

Un chino.

Norman Kaplan contuvo una exclamación, dejó los prismáticos, y se proveyó rápidamente de la cámara fotográfica que tenía preparada. La enfocó hacia el yate, miró por el visor..., y no vio a nadie en la cubierta del Plutarco. Muy bien, él sabía que el chino había entrado en aquel yate, de modo que tendría que salir, tarde o temprano. Dejó la cámara a un lado y se dedicó a vigilar a simple vista.

Seguro que había visto bien. Era de noche, casi las once, y además había una ligera neblina, pero había visto perfectamente al visitante del Plutarco, y era un chino. Un chino vestido muy bien a la americana, con el cabello muy corto, de mediana estatura. Tan chino como el mismísimo Buda. ¿O Buda no había sido chino? Porque resultaba ahora que algunos decían que había sido asiático, eso sí, pero que bien podría haber nacido en la India, en cuyo caso sería hindú...

Cuando Norman Kaplan volvió a mirar su reloj eran cerca de las doce de la noche; y no una noche precisamente agradable, para pasarla al descubierto junto a un río neblinoso.

—O sea —reflexionó Norman—, que ese chino lleva ahí dentro más de una hora. Y se me está ocurriendo una idea la mar de divertida: a ver si es un cocinero que han contratado, simplemente, y yo me paso aquí la noche esperando que salga mientras él duerme en un confortable camarote...

A las doce y cinco minutos el chino apareció en cubierta, y Norman Kaplan se apresuró a enfocar hacia allí el teleobjetivo. Por el pequeño visor de la cámara vio al chino, al que identificó por su corte de cabello y sus movimientos. Había otro hombre con él, conversando, dándole la mano... Había luz más que suficiente para que Norman identificara a Charly Caracciolo, ataviado con un grueso batín realmente extraordinario. La conversación fue brevísima, lo cual era lógico si los dos hombres habían dispuesto de más de una hora con anterioridad para tratar sus asuntos.

El chino se volvió tras la última despedida, y Norman Kaplan disparó rápidamente todas las fotografías que pudo, sin preocuparse por enfoques, luces ni ángulos. Aquella cámara lo hacía todo ella sola.

El chino se alejaba, evidentemente emprendiendo el regreso hacia el club de yates. Charly Caracciolo seguía en cubierta, mirando al chino. De pronto, desapareció en el interior del yate. Norman Kaplan recogió rápidamente sus cosas, salió de su escondrijo, y partió en pos del chino desconocido... Lo distinguió en la solitaria avenida iluminada a unos ochenta metros por delante de él. Bueno, además de tener

fotografías de él si el chino iba al club de yates sería fácil de localizar y de identificar, así que...

Norman Kaplan tuvo otro palpito. Fue tan súbito que quedó clavado de pies al suelo. Y cuando quiso reaccionar ya era tarde: el chino no continuó caminando hacia el club de yates, sino que desvió hacia la orilla del río, y, simplemente, pareció que saltase al agua. Y como esto no tenía sentido, Norman supo la verdad aun antes de oír el motor de la lancha al ser puesto en marcha.

Ni se molestó en apretar el paso hacia la orilla del río, con lo cual sólo habría conseguido ponerse en evidencia y alarmar al chino, que con seguridad se habría apresurado a informar a Charly Caracciolo de que alguien los estaba vigilando. Así pues, Norman Kaplan continuó caminando con naturalidad hacia el club de yates..., mirando de reojo hacia la orilla del río y viendo aparecer la forma de la lancha sobre las relucientes aguas, siguiendo la fuerza de la corriente.

—Volveremos a vernos, amiguito —susurró Norman Kaplan.

Estuvo tentado de entrar en el club de yates a preguntar más o menos discretamente si tenían algún socio chino, pero le pareció sencillamente absurdo comprometerse de ese modo, y, además, con seguridad que no iba a encontrar a nadie en el club a aquellas horas. Por la mañana sí, a eso del mediodía había mucha gente; incluso la gorda hermana de Charly Caracciolo había estado allí tomando un aperitivo...

Apenas cinco minutos más tarde Norman Kaplan llegaba por Marsh Avenue a la esquina con Riverview Terrace, donde había un buzón de recogida del *US Mail*, y, junto a éste, una papelería pública. Se acercó, tiró dentro de la papelería el rollo de fotografías metido dentro de un estuche y éste dentro de un sobre de color amarillo, y se metió por Riverview Terrace. Entró en el portal del edificio número veintidós, y segundos más tarde abrió la puerta del apartamento 1 A. Entró, cerró tras él asegurándose de que la puerta no podría ser abierta, y se fue directo al dormitorio, donde se dejó caer en una butaquita.

Sacó la radio de bolsillo y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Sonó en el acto una voz de hombre.

—Soy Kaplan. He dejado una carga de fotos, y quisiera saber lo más pronto posible quién es el personaje fotografiado. Pero no me llaméis: yo llamaré cuando sea conveniente.

—De acuerdo. ¿Todo va bien?

—Hasta ahora ha sido aburridísimo, pero la intervención del chino ha animado el asunto.

—¿Qué chino?

—El chino de las fotografías; el que ha visitado a Caracciolo y ha estado con él más de una hora charlando dentro del yate. Y parecían excelentes amigos.

—Un chino.

—Si digo un chino es que era un chino —el tono de Kaplan se tornó

simpácticamente mordaz—. Y puedo asegurar que no era cocinero ni empleado de una lavandería... Se me escapó en una lancha que había dejado cerca del yate del amigo Charly.

—¿O sea, que no llegó con la lancha hasta el yate?

—No. Dejó la lancha a unos cien metros, y llegó al yate a pie. Debió parecerle más discreto. Y sin duda lo es.

—Sí. Bien, nos hacemos cargo de las fotografías y esperamos tu llamada, Kaplan.

—Sí. Mientras tanto, recordad las órdenes: tenéis que manteneros alejados.

—Todo el pastel para ti.

—No se trata de eso, sino de que Everett dijo...

—Sabemos lo que dijo el señor Everett. Tranquilo, compañero: cada cual tiene su buen momento en la vida, y si el tuyo ha llegado, mejor para ti... Buena suerte.

La comunicación terminó. Norman Kaplan guardó la pequeña radio de bolsillo, y encendió un cigarrillo.

¿Qué pasos debía dar al día siguiente? La respuesta inicial era verdaderamente simple: dependería de lo que le dijeran respecto al chino, que sin duda sería identificado. Bueno, la cosa no parecía admitir grandes cábalas: se estaba fraguando algo así como una... coalición de cierta importancia en el mundo de las drogas. Chinos y mafiosos. Esto tenía sentido y lógica.

Pero aquí había dos puntos que tenían muy molesto a Norman Kaplan. A saber: 1) si se trataba de un vulgar, aunque repugnante, asunto de drogas, ¿qué demonios pintaba la CIA en él?, y 2) el casi infalible pálpito de Norman Kaplan le estaba diciendo que el asunto no era, ni mucho menos, tan simple y fácil como parecía.

* * *

A las ocho y media de la mañana el señor Kaplan estaba ya duchado, vestido, y bien abrigado con su grueso chaquetón. Le faltaba desayunar, pero eso lo haría pronto, pues el café se estaba haciendo en la oficina. Mientras tanto, cigarrillo en mano, el señor Kaplan había vuelto a llamar por la pequeña radio de bolsillo.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Norman—. ¿Qué hay del chino?

—Por el momento nada.

—Veamos: ¿no sabemos nada porque nada se ha hecho al respecto..., o no sabemos nada porque no encontramos datos sobre él?

—Por lo segundo. Se le está buscando en todos los ficheros, pero no consta en ninguno. Es un completo desconocido en asuntos de espionaje.

—Supongo que no es necesaria mi sugerencia de que sea rastreado también en los asuntos de estupefacientes.

—Se está haciendo todo.

—¿Y en toda la noche no se ha encontrado nada de él?

—Así es. Cuando menos, a nosotros no nos han pasado ninguna información al respecto.

Norman Kaplan frunció el ceño, y estuvo así unos segundos, pensativo. Por fin, murmuró:

—Volveré a llamar en cuanto me sea posible.

Cerró la radio, terminó el cigarrillo, y procedió a desayunar calmadamente, mientras iba preparando el plan de acción para aquel día... Plan que, ciertamente, no sería el de continuar haciendo el figón escondido como una rata tras un montón de cajas.

Se había previsto la posibilidad de que conviniera hacer contacto, o que fuese incluso necesario, ¿verdad?

Bueno, pues le parecía que era necesario, y asunto concluido.

* * *

Verdaderamente Sofía Caracciolo era gorda. Vamos, no gorda-gorda, sino gorda a secas. Por ejemplo, si dada su estatura ella debería haber pesado unos cincuenta y ocho o sesenta kilos, pesaba setenta y cinco, lo que tampoco era para volverse loco de rabia o tristeza. Además, todo es según el color del cristal con que se mira, porque, por ejemplo, muchos hombres en lugar de decir que aquella chica estaba gorda habrían dicho que era «una jamona muy buena».

Otro ejemplo: los dos tipos que llegaron aquella mañana al yate... Seguramente a una chica normal y corriente le parecerían dos bellos sujetos, elegantes, muy correctos, atléticos... Algo así como los finalistas para el concurso de Míster Universo. Pero para Norman Kaplan lo primero que destacaba en el par de sujetos era su condición de pistoleros.

Así, a secas, sin más: pistoleros absolutamente clásicos. Todo lo modernos y discretos que se quisiera, pero pistoleros.

Llegaron en un coche que dejaron estacionado cerca del yate, el cual abordaron como si esperasen que los recibieran con alfombras persas para sus pies y flores de hibisco para sus cuellos. Uno de ellos llevaba un grueso chaquetón de piel vuelta, y el otro un gabán impecable. Charly Caracciolo los estaba esperando en cubierta, les estrechó la mano, y los tres desaparecieron en el interior del yate..., tras ser fotografiados por Kaplan con una pequeña Instamatic.

¿Había quedado Charly Caracciolo preocupado por su entrevista con el chino y había recurrido al radioteléfono del yate para llamar a dos de sus matones a Nueva York? ¿O estos dos tipos eran, como el chino, gente nueva que iba a intervenir en el negocio, sin que hasta entonces hubieran tenido relación con Caracciolo?

A las once de la mañana Norman Kaplan se encontró ante un dilema: o seguía a Sofía Caracciolo o se quedaba vigilando el yate para ver salir a los dos sujetos en cuestión e intentar seguirlos.

Tomó una decisión rápidamente. Vamos a ver: ¿quién era allí el sujeto central, el que iba teniendo entrevistas con los demás que iban apareciendo? Pues, Charly Caracciolo. ¿A quién le interesaba, por tanto, tener controlado cuanto más mejor y cuanto antes mejor? Pues, a Charly Caracciolo. ¿Y no era Sofía Caracciolo uno de los mejores sistemas para intentar el acercamiento a su hermano? Lo era, sin duda.

Así pues, Norman Kaplan partió en pos de Sofía Caracciolo, muy discretamente, y tras haberle concedido toda la distancia que exigían los mejores cánones y estilos del espionaje de categoría.

* * *

Sofía Caracciolo vio a Norman Kaplan por primera vez cuando, instalada en un taburete ante la barra del bar del Club de Yates, tomaba la copa de martini que había pedido hacía unos segundos al camarero. Lo vio, quedó súbitamente inmóvil, parpadeó, y acto seguido bebió un sorbo de martini. Dejó la copa lentamente, sin dejar de mirar al bello desconocido, y encendió un cigarrillo.

La pregunta que había en la mente de Sofía era la siguiente: ¿tenía algo que ver su hermano Carlo con la aparición de aquel bello desconocido? No le habría sorprendido nada que Carlo hubiera cambiado de táctica, poniendo en su camino un ejemplar de hombre diferente a los anteriores. Aunque Carlo carecía de imaginación para eso: había decidido en cierta ocasión que a ella le gustaban los Apolos y ya nada le haría cambiar de opinión.

Sofía deslizó una lenta y subrepticia mirada hacia el insólitamente hermoso personaje..., y se encontró con la negra mirada y la dulce sonrisa de él. Sin darse cuenta siquiera Sofía Caracciolo correspondió a la sonrisa. Había algo... delicadamente primitivo en el desconocido. Tal vez fuesen sus largos cabellos tan negros, que formaban una melena poco corriente, algo así como cabría imaginarse a un hermoso e incorrupto hombre prehistórico que no sabía de peluquerías, de sofisticaciones ni artificios. Era un cabello largo, natural, suelto. ¿Quién podía pensar que a los hombres no les sentaba bien el cabello largo?

La sonrisa del desconocido era sencillamente mortal, irresistible. Tenía un encanto jamás visto por la italoamericana. No, qué va, claro que Carlo no podía tener nada que ver con aquel hombre tan diferente.

¿O Sí?

Sofía Caracciolo no se lo pensó dos veces. Saltó del taburete, se acercó al desconocido, y se plantó a su lado, sonriendo todavía con reservas.

—Hola —saludó.

—Hola —sonrió Norman Kaplan.

CAPÍTULO III

Se quedaron mirándose fijamente. De pronto Norman Kaplan soltó una carcajada. Sofía frunció el ceño.

—¿Qué es lo que le hace gracia? —preguntó, casi de mal talante.

—Me estaba preguntando cómo abordarla y de repente viene usted y me saluda. Sin ánimo de molestarla eso me ha hecho gracia... Supongo qué me ha confundido con otra persona.

Tenía una voz lenta, suave, diferente a las chirriantes de todos los hombres que se habían relacionado por una causa u otra con Sofía. Ésta se vio forzada a sonreír de nuevo. No podía evitarlo.

—No —dijo—. Simplemente pensé que le envía mi hermano. ¿Conoce a mi hermano?

—Pues podría ser, porque conozco a mucha gente. ¿Quién es su hermano?

—¿Realmente no sabe quién soy?

—Seguro que me está confundiendo con otro. O le recuerdo a alguien.

—Pero usted no sabe quién soy yo.

—Lo siento, pero no.

—Entonces... ¿por qué me miraba y sonreía?

—Tal vez a usted le parezca que eso es una tara, pero cuando veo una chica guapa acostumbro sonreír.

Especialmente si me da la impresión de que a ella le caigo bien al primer vistazo.

—¿Me considera guapa? —entornó los párpados Sofía.

—Bueno, digamos que su belleza no es... corriente. Quiero decir que hasta ahora las chicas con las que me he relacionado tenían... otras características.

—Eso quiere decir qué no eran gordas.

—Digamos que eran un poco más esbeltas que usted.

Sofía Caracciolo soltó una carcajada.

—¡No irá a decirme que no le parezco gorda! —exclamó.

—Escuche —frunció el ceño Kaplan—, yo no he pretendido molestarla en ningún momento, ¿sabe? Me pareció que le caía bien, y como usted me parece agradable, le sonreí, eso es todo. Si me he equivocado en algo lo siento. No sé si me explico.

—¿De verdad de verdad no sabe quién soy?

—No sé quién es usted ni quién es su hermano. Y le repito que mi intención...

—Está bien, está bien —se suavizó la expresión de Sofía—. Vamos a empezar de nuevo, ¿de acuerdo?

Norman Kaplan cumplía a la perfección su papel de desconcertado primero y de mosqueado ahora. Pero titubeó, sonrió a medias, y terminó por asentir.

—De acuerdo, empecemos de nuevo.

—Hola —dijo Sofía.

—Hola.

—Me llamo Sofía —dijo ésta, tendiendo la mano—. ¿Qué tal?

—Bien. —Norman estrechó la mano femenina—. Me llamo Norman.

Estuvieron mirándose fijamente a los ojos unos segundos, y, de pronto, los dos se echaron a reír a la vez.

Sofía retiró su mano, y se sentó en el taburete contiguo al que ocupaba Norman Kaplan, sin dejar de mirar a éste. Parecía totalmente fascinada.

—Sofía Caracciolo —dijo.

—Norman Kaplan. ¿Eres socia del club?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco, pero es un lugar agradable, y vengo de cuando en cuando a tomar un trago y a ver las chicas en la piscina. ¿Tú no nadas?

—Sólo lo hago en lugares donde no pueden verme.

—¿Y eso por qué?

—No estoy precisamente sugestiva en traje de baño. Y no me vengas con mentiras simpáticas, ¿de acuerdo? Sé que estoy gorda.

—Me parece que has hecho de eso algo así como un arma para esgrimir contra el mundo. Y me da la impresión de que el mundo no tiene la culpa de que tú estés más o menos llenita.

—También soy fea.

Norman Kaplan frunció el ceño de nuevo.

—Oye, encanto, ¿qué pretendes? —masculló.

—Pretendo saber qué pretendías tú antes cuando has dicho que yo era una chica guapa. Los dos sabemos que no es cierto.

—Escucha, nena, me estás mareando. Es cierto que nadie te va a dar un premio en un concurso de belleza, pero tampoco es para hacerse el harakiri. Además, yo puedo tener mi gusto personal respecto a mujeres, ¿no? ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá a mí me gustan robustas y nada parecidas a esas clásicas muñecas de revista?

—Me estás tomando el pelo.

Norman Kaplan suspiró, tomó su copa de aperitivo, y descendió del alto taburete.

—Será mejor que separemos nuestras humanidades: no encajamos. Yo sólo quiero pasarlo agradablemente, no convertirme en paño de lágrimas o en el objeto de tu rencor por estar gorda o ser fea.

No sé si me entiendes, Sofi, adiós, si te vi no me acuerdo, y viva la vida.

Sin más, Norman Kaplan se alejó hacia una mesita situada ante el ventanal que daba al embarcadero, y desde el cual, aunque torciendo un poco el cuello, podía verse la piscina..., efectivamente con varias espléndidas chicas en bikini ofreciéndose como un regalo para la vista. Mar adentro se divisaban algunas embarcaciones y surfwinders. El sol era agradablemente tibio. Sofía Caracciolo se sentó a la mesa, frente a frente con Norman, que la miró y torció el gesto.

—¿Y ahora? —masculló.

—¿A qué llamas tú pasarlo agradablemente? —susurró ella.

Norman Kaplan abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla, se quedó así mirando fijamente a Sofía, y, de pronto, sonrió maliciosamente y dijo:

—Pues a hacer cosas que me gusten: leer, charlar inteligentemente, comer bien, dormir mejor, echar un par de polvos, navegar, pilotar un buen coche, nadar, tomar el sol, escribir, pintar, ganar dinero, reír con los amigos, tomar unos tragos, ver chicas guapas, escuchar buena música... Cosas así de tontas.

—¿Y dónde te parece que yo podría encajar en ese panorama de cosas agradables?

—Proponiéndotelo, en todo. Pero no sé por qué tengo la impresión de que hoy es mi día gafe. Si quieres te lo pido de rodillas: se buena chica y déjame en paz, ¿quieres?

—¿Te parezco una pelma?

—Bueno, a decir verdad cuando vi tu sonrisa pensé que... Dejémoslo.

—¿Qué pensaste?

Norman Kaplan titubeó antes de farfullar:

—Al margen de la cuestión sexual me pareció que eras una persona de ojos inteligentes y que por tanto contigo se podía pasar bien de muchas maneras, no sólo de una.

—O sea, que si sólo buscas sexo habrías elegido otra chica.

—Francamente, sí. Y no empezemos de nuevo, ¿eh? Aunque no eres una Venus me gustas también para eso, y no me pareces ni tan gorda ni tan fea. De modo que vamos a dejarlo así y buenos días, Sofía.

Acabemos como buenos amigos, ¿te parece bien?

—¿Y por qué no hemos de empezar como buenos amigos?

—Veamos: ¿entiendo que te parece bien la perspectiva de charlar sobre la intelectualidad de las ranas, el tamaño de un suspiro, o la gastronomía de los tibetanos..., mientras bailamos o echamos un polvo o comemos hamburguesas o nadamos o nos contamos chistes o...?

—¡Me parece bien! —rió Sofía Caracciolo—. ¡De acuerdo en todo!

—Está bien —recuperó la sonrisa Norman Kaplan—. ¿Por dónde empezamos?

—Hablemos de mujeres, por ejemplo: ¿cómo te gustan las mujeres?

—Simpáticas, cachondas y con buen apetito.

Sofía volvió a reír. Sus ojos relucían intensamente cuando puso una mano sobre una de Norman y dijo:

—Ahora pregúntame tú a mí cómo me gustan los hombres.

—¿Cómo te gustan los hombres?

—Que no estén queriendo demostrar en todo momento que lo son.

—Entiendo. Vamos a por otro tema: ¿cuál es tu músico preferido?

—Puccini.

—Nadie es perfecto. —Norman había torcido el gesto, y Sofía rió una vez más—. A mí me encanta Wagner, porque se hace oír. Y es que cuando uno se dispone a hacer música debe oírse, ¿no? Recuerdo que una vez...

A las doce y media, de pronto, Sofía Caracciolo respingó y abrió mucho los ojos, expresando no poco sobresalto.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Carlo me va a matar! ¡Debe estar esperándome para almorzar!

—¿Quién es Carlo?

—Mi hermano, ya te lo dije.

—Entonces... ¿es cierto? Yo creía que...

—Tengo que irme... ¡Norman, lo siento, pero tengo que irme!

—Está bien. ¿Nos veremos aquí mismo esta tarde? ¿Qué te parece a las cinco?

—No sé si podré esta tarde... ¡Pero si no vengo hoy sí vendré mañana a esta hora, te lo aseguro!

—¿Adónde puedo llamarte?

—No, no... No. Adiós.

Se había puesto en pie, y Norman también, tomándola de un brazo. Sofía se desasió, sonrió a Norman Kaplan, y de pronto lo besó en la boca, dio media vuelta, y salió del club.

Kaplan estuvo unos segundos como petrificado. Luego, lentamente, salió a su vez. Vio a Sofía Caracciolo caminando apresuradamente hacia donde estaba el yate Plutarco, y titubeó. ¿Realmente la prisa era porque Charly estaba esperándola para almorzar? ¿O había alguna otra causa..., relacionada con la imposibilidad de Sofía de reunirse con él aquella tarde? ¿Estaban esperando a alguien más? ¿Quizá iban a zarpar...?

Tras apretar un instante los labios Norman Kaplan partió en pos de Sofía Caracciolo, manteniendo las distancias. La vio llegar al yate y abordarlo...; y estaba tan absolutamente pendiente de ella que no se dio cuenta de que a su vez él era seguido por un hombre, el del gabán, que había llegado aquella mañana con otro al yate. Lo que sí vio fue al otro, al del chaquetón de piel vuelta, recibiendo en cubierta a Sofía y mirando en dirección al camino seguido por la muchacha. Velozmente, buscando escapar a la mirada del matón, Norman Kaplan desvió su marcha, metiéndose entre las pilas de cajas que tan útiles le habían sido hasta entonces para establecer su observatorio.

Había estado con Sofía más de una hora, haciéndola reír y simulando que a él le hacían mucha gracia las cosas que hacía y decía ella. Y de pronto Sofía regresa poco menos que corriendo al yate. ¿Tenía una cita importante con alguien allí? ¿Un nuevo personaje? ¿O se trataba solamente de que Carlo era el clásico hermano italiano cabeza de familia que controlaba a las mujeres de ésta?

Se había detenido ante la separación de dos pilas de cajas por entre las cuales veía a la perfección el yate.

Miró hacia allí, y ya no vio a Sofía. A quien sí vio fue al tipo del chaquetón de piel vuelta, que había abandonado el yate y caminaba presurosamente hacia las pilas de cajas. Norman Kaplan comprendió en el acto que aquel sujeto le había visto, y, evidentemente, iba hacia él, cualquiera sabía con qué intenciones...

Quiso volverse para marcharse..., y la boca de un silenciador quedó justo tocando su nariz. Detrás del silenciador, una pistola. Detrás de la pistola, el rostro atractivo del sujeto del gabán, distendido en una perversa sonrisilla.

—Tranquilo, amigo —dijo suavemente—: sólo se trata de morir.

La reacción de Norman Kaplan fue tan absolutamente inusual en una situación de aquel cariz que el sujeto no pudo hacer nada. Es decir, disparo una vez, pero la bala se hundió con blando chasquido en la gran lona que protegía una de las pilas de cajas, debido precisamente a la poco corriente esquivada que realizó Kaplan, apartando un poco la cara y dando un paso hacia el pistolero. De este modo, cuando el hombre disparó la pistola estaba junto a una oreja de Norman Kaplan, quien, sin más consideraciones, disparó su puño derecho justo a la zona del corazón del pistolero.

Éste emitió una especie de ronquido, desorbitó los ojos..., y falleció, víctima del brusco paro cardíaco debido al tremendo impacto especialmente aplicado. Osciló hacia atrás, pero Kaplan lo agarró por la ropa y lo sostuvo erguido.

No había nadie por allí en aquel momento, pero Kaplan recordó que el otro pistolero estaba acercándose, y se le pusieron de punta los pelos de la nuca. El pistolero muerto ante él sostenía todavía la pistola entre sus dedos, y su rostro era una máscara extraordinariamente horrible ahora. La situación no era ni mucho menos tranquilizadora. ¿Qué hacía? ¿Le quitaba la pistola al muerto y mataba también al otro? Si hacía tal cosa todo se iba a complicar, pues su acercamiento pacífico a Charly Caracciolo ya no sería posible..., siempre y cuando el sujeto del chaquetón vuelto hubiera comentado con Sofía o con alguna otra persona que le había visto tras ella...

La decisión fue súbita y propia de quien dispone de muchos recursos: Norman Kaplan sacó la navaja que llevaba oculta en el forro del chaquetón, apretó el resorte que hacía salir la hoja, y en el acto, con toda su fuerza, la clavó en el corazón del pistolero muerto, dejándola hundida allí y soltando al hombre, que cayó hacia atrás como un saco. Kaplan tiró al suelo junto a él la «Instamatic». Inmediatamente, se arrodilló junto a él, le quitó la pistola de la mano..., y vio aparecer en aquel momento al otro pistolero, que se detuvo en seco, palideció, y se quedó mirando fijamente a Norman Kaplan, quien, a su vez, pistola en mano, le contemplaba con los ojos muy abiertos, asustada la expresión a no poder más.

—Santo Dios —exclamó Kaplan—. ¡Santo Dios, lo ha matado!

El pistolero del chaquetón titubeaba, pero pareció comprender que Norman no iba a disparar contra él, y entonces sacó su pistola y lo apuntó.

—¡Deje caer esa arma! —ordenó.

Norman le miraba como hipnotizado. Miró entonces la pistola que tenía en la

mano, pareció verla por primera vez, soltó un respingo, y dejó caer el arma, incorporándose vivamente. El pistolero había ladeado la cabeza, y lo estudiaba críticamente. No comprendía la situación en absoluto.

—Apártese de ahí —exigió, moviendo la pistola.

—Está muerto —gimió Kaplan—. ¡Lo he matado!

—Cierre la boca, Y ponga las manos sobre la cabeza. ¡Hágalo!

Kaplan obedeció. El sujeto se acercó a su compañero, se acuclilló a su lado, y le tomó una mano, buscando el pulso en la muñeca. Por supuesto que no lo encontró. Dejó caer la mano, mientras su mirada cada vez más hostil permanecía fija en Norman Kaplan. Por un instante miró la navaja hundida tan profunda y fuertemente en el pecho de su compañero, volvió a mirar a Kaplan, y movió la cabeza. Ni de lejos parecía capaz aquel muchacho de hacer una cosa semejante.

—¿No ha sido usted? —preguntó.

—Dios mío, claro que no... ¡Ha sido el chino!

—¿Qué chino?

—El chino que... que estaba aquí... Yo... yo... Mire, ahí tiene la cámara fotográfica...

El pistolero vio en el suelo la pequeña «Instamatic», y la recogió. Su desconcierto iba en aumento.

—¿Esta cámara la tenía el chino?

—Sí, sí... Estaba... estaba aquí to-to-tomando fo... fotografías y..., y fue entonces cuando...

—Tranquilícese, ¿quiere? —Gruñó el pistolero.

—Pe... pero... lo... lo ha matado... Sacó la navaja y le... le... ¡Oh, Dios mío!

—Póngase de cara a la lona, con las manos en ella y los pies más atrás que el cuerpo. ¡Vamos, vamos, como en las películas, hágalo!

Norman Kaplan obedeció. El pistolero se acercó, palpó sus axilas y luego la cintura y las piernas. No encontró arma alguna, ni nada que le pareciera peligroso, lo cual le habría sorprendido no poco en un hombre como el bello Kaplan.

Era una hora tranquila, parecía que todo el mundo debía estar almorzando. El pistolero calculó las posibilidades de trasladar a su compañero al yate antes de que apareciera alguien y las cosas comenzaran a complicarse más todavía. Por el momento ni siquiera salía sangre de la herida, apenas una leve mancha que destacaba muy poco en el gabán. La reacción final del pistolero también demostró que era un hombre de recursos: retiró la navaja, que se guardó tras recoger la hoja, y colocó un pañuelo entre la herida y la ropa del muerto, apretándolo. Miró al asustado Kaplan.

—Ayúdeme.

—Pero ¿qué... qué vamos a...?

—Escuche, amigo, o me ayuda o le salto la tapa de los sesos de un balazo. ¿Entiende esto?

—Sí... Sí, señor.

—Y si me complica la vida de cualquier forma dese por muerto.

Norman Kaplan abrió mucho los ojos, siempre «asustado». Por supuesto que sabía lo que pretendía el pistolero, y le ayudó. Entre los dos colocaron verticalmente el cadáver, y saliendo de detrás de las pilas de cajas se encaminaron hacia el yate como si el muerto estuviese solo desvanecido o borracho. Solamente tres personas los vieron, y eso desde lejos. Podían pensar cualquier cosa, desde que aquel sujeto había sufrido un infarto a que estaba borracho, pero seguro que nunca la verdad.

Cuando llegaron al cercano yate ya les estaban esperando junto a la borda una de las chicas guapísimas, la pelirroja, con su uniforme de marino que le sentaba tan bien, y el mismísimo Charly Caracciolo, que estaba lívido.

—¿Qué ha pasado, Joe? —indagó nerviosamente.

—Todavía no lo sé, pero este tipo nos lo explicará.

CAPÍTULO IV

—A ver si lo hemos entendido todos —dijo ahora ya más sereno Carlo Caracciolo—: usted, a quien seguía era a mi hermana.

—Sí —tragó saliva Norman Kaplan—. Sí, señor. Bueno, ella... se fue de pronto, de un modo que me pareció extraño... Me llamó la atención, me... me pareció como... Bueno...

—¿Qué le pareció? ¡Vamos, diga lo que sea!

—Pues me... me pareció... como el cuento de la Cenicienta, que tiene que... que volver a casa corriendo al sonar... las doce...

El pasmo cundió en todos los presentes, empezando por la propia Sofía Caracciolo. Aunque quien más sorprendido estaba allí era Norman Kaplan, debido a la presencia en el yate de un personaje sobre el cual, evidentemente, la CIA no sabía nada, pues no había sido mencionada, ni mostrada su fotografía como una de las ocupantes del yate. Este personaje era una muchacha de unos veintidós años, morena, de grandes ojos castaños, boca grande y roja y un cuerpo magnífico; era, pura y simplemente, absolutamente preciosa, mucho más que la rubia y la pelirroja.

En cuanto a los demás, Norman Kaplan había visto sus fotografías, y conocía sus nombres ahora, pues unos habían pronunciado los de otros en la inquieta conversación desde que él había llegado. Las chicas marinos se llamaban: Wanda, que era la pelirroja y capitán del yate, y Melissa, la rubia, piloto. Los dos tipos que se cuidaban del avituallamiento eran el cocinero, Luigi, que era el más obeso, y Sergio, el camarero. El sujeto del chaquetón de piel vuelta se llamaba Joe; el muerto Enrico. Y estaban, claro, Charly Caracciolo y Sofía.

Y la morena, cuyo nombre todavía no había sido pronunciado. Era la que parecía más impresionada, y cuando había aparecido en el salón del yate procedente del interior Caracciolo parecía haberse disgustado.

Así que, por un proceso de lógica, Norman Kaplan llegó a la conclusión de que Carlo Caracciolo no quería que nadie supiera que aquella muchacha, fuese quien fuese, estaba con él.

—La Cenicienta —dijo por fin Charly.

—Sí... Sí, señor...

Sofía soltó de pronto una carcajada, y fue a dejarse caer en el diván del salón, contemplada hoscamente por su hermano.

—¿De qué te ríes ahora? —Gruñó.

—¡No me digas que Norman no ha tenido gracia! ¡La Cenicienta...! ¡Y ha acertado! ¿Qué otra cosa soy, sino la Cenicienta, con un hermano tan autoritario como tú? ¡Empiezo a estar ya tan harta de...!

—¡Sofía! ¡No es momento de discutir de eso ahora!

—De acuerdo. Pero... ¿qué más quieres que te diga Norman? Quiso ver adónde iba yo, se escondió detrás de aquellas pilas de cajas, y se tropezó con el chino que estaba tomando fotografías. Entonces llegó Enrico como un búfalo, pistola en mano, y dispuesto a matar o poco menos a Norman sólo porque él quería saber quién era yo, adonde iba... Todo eso. Entonces vio al chino, vio la cámara fotográfica del chino, se barruntó que el chino estaba espionando el Plutarco, y le amenazó con la pistola. Así que el chino, que era menos torpe que él, le clavó la navaja, y como la pistola fue a parar junto a Norman el chino decidió escapar a toda prisa. Yo creo que es bien fácil de entender. ¿No es esto lo que has explicado, Norman?

—Sí... Sí, Sofi. Yo...

—¡No la llares Sofi! —gritó Charly Caracciolo.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de amedrentarlo? —le gritó a él Sofía—. ¡Norman no tiene culpa de nada! Si alguien tiene aquí la culpa de algo eres tú, Carlo.

—¿Yo? —los saltones ojos de Charly parecieron a punto de desorbitarse completamente—. ¡Cómo que yo tengo la culpa!

—¡Tú y tu maldita manía de poner hombres en mi camino! Para eso hiciste venir a Joe y Enrico, ¿no es cierto? Con el cuento de que los hacías venir para que me guardasen las espaldas ya teníamos aquí a dos guapos más que harían cualquier cosa por complacer a la hermana de Charly Caracciolo... ¡Pues entérate de que estoy más que harta de tus gigolós! Y precisamente por eso me sentí atraída por Norman, y ahí empezó todo. ¡Y si no fueses tan exigente con los horarios y todas esas tonterías yo estaría ahora almorzando tranquilamente con él en el club de Yates, y esto no habría ocurrido!

—Eso es cierto —intervino Joe Corso—. Pero tampoco sabríamos que un chino estaba espionando el yate.

—Eso no tiene sentido —le miró vivamente Caracciolo.

—¿Por qué no?

—Porque no. Estamos organizando algo muy grande entre Ho Mao Sing y yo, así que no tiene sentido que a estas alturas él todavía esté interesado por mis movimientos y si soy o no digno de fiar. Ya me investigó antes de hacerme la proposición, y...

—Yo no he dicho que sea Sing quien haya dado la orden de vigilar el Plutarco, señor Caracciolo.

—¿Qué? —Se pasmó Charly.

Y casi en seguida comprendió o creyó comprender, y su rostro quedó lívido, demudado. Se había hecho un súbito silencio total en el yate, porque, evidentemente, todos habían comprendido el significado de las palabras de Joe.

—Entonces... ¿quién? —susurró por fin Charly Caracciolo.

—No sé.

—Es imposible. Solamente Sing y su grupo saben que estoy aquí y el asunto que estamos montando.

—Pues tal vez alguien del grupo de Sing esté haciendo su propio juego. Una cosa es segura: si solamente Ho Mao Sing sabe que estamos aquí, y solamente él y su grupo están al corriente de lo que están preparando, alguien del grupo está tramando algo que el grupo no sabe. A menos que esto de vigilarnos haya sido orden de Sing, en cuyo caso quizá él debería darle algunas explicaciones a usted.

El rechoncho rostro de Charly Caracciolo ofrecía toda una gama de expresiones que reflejaban nítidamente sus emociones y pensamientos; era como un espejo, en el que ahora se reflejaron el desconcierto primero, la duda acto seguido, y finalmente la ira.

—¡Si ese chino se ha creído que...!

—¿No podrías dejar de gritar? —Se llevó Sofía las manos a las sienes—. Me está entrando dolor de cabeza.

Charly le dirigió una colérica mirada, y luego, como Olvidándola completamente, murmuró:

—Voy a llamar a Sing para que me explique esto.

—¿Y cuándo almorzaremos? —se interesó Sofía.

—Si alguna vez pensaras en algo que no fuese comer y el resto de los placeres que siempre te he proporcionado —gruñó Charly— no estarías gorda como una vaca.

—¡Imbécil!

Charly Caracciolo encogió los hombros, y abandonó el salón. Norman Kaplan hacía tremendos esfuerzos con sus facciones intentando no expresar su desconcierto y decepción. ¿Aquellas personas habían inquietado a la CIA? Un italiano vocinglero, dos chicas guapas que sin la menor duda donde mejores servicios prestaban era en la cama, dos tipejos vulgares que estaban encargados de las vituallas del yate, un par de matones de mediana categoría... Y la preciosa morena de ojos castaños, que parecía incapaz de matar una mosca.

Pero estaba el chino, el tal Ho Mao Sing, del cual hablaban tan a la ligera delante de él, pese a que, bien claro se había dicho, estaban organizando algo muy grande. Así pues, el personaje realmente importante allí era el chino Ho Mao Sing, que había sido quien le había hecho una proposición a Charly Caracciolo...

¿Qué proposición?

Ésta era la pregunta clave.

—Y tú... ¿no podías haber esperado a mañana? —le espetó de pronto Sofía a Norman—. ¡Si supieras lo que te has complicado la vida por ser tan curioso!

—¿Qué quieres decir? —murmuró Norman.

La pelirroja y la rubia soltaron una risita, y Norman las miró, como si no comprendiera nada de nada, cuando bien claro entendía que las intenciones de aquella gente con respecto a él serían eliminarlo, después de tanto como había visto y oído. Pero esto había sido ya previsto por Norman Kaplan unos segundos antes de clavarle a Enrico la navaja en el corazón después de matarlo de un puñetazo. Tan previsto y calculado que sabía que no lo matarían antes de que él identificara al chino que había

estado tomando fotografías... y que sólo existía en su mente plena de maquiavélicos recursos.

Norman miró disimuladamente a la muchacha morena, la que nadie sabía que estaba allí. ¿Cómo era posible que a la CIA se le hubiera pasado por alto la presencia de aquella muchacha en el Plutarco? La respuesta sólo podía ser una: simplemente, la morena no había aparecido en ningún momento en la cubierta, ni había salido del yate para nada... ¿Una prisionera? No, no parecía que fuese eso. ¿Otra amante de Carlo Caracciolo...?

Éste regresó al salón, miró a Norman, y gruñó:

—¿Cómo era el chino?

—¿El chino? —Pareció alucinado Norman Kaplan—. Bueno... Era un chino, eso es todo.

—¡Eso no puede ser todo! —se encolerizó Caracciolo—. ¡Digo yo que el chino sería alto o bajo, gordo o flaco, joven o viejo...! ¿Cómo era?

—Bu... bueno, yo...

—Tal vez no pudo verlo bien —insinuó Joe Corso.

—Oh, sí, eso sí —lo miró Kaplan—, ¡lo vi perfectamente!

—Entonces diga cómo era. Y no nos venga con el cuento de que todos los chinos son iguales.

—Pues... para mí sí, la verdad. Bueno, calculo que tendría entre cuarenta y sesenta años, estatura y complexión medianas, vestía corrientemente... No sé qué más decir. Si volviera a verlo lo reconocería en seguida, pero si quiere que se lo describa no sé hacerlo mejor... Lo siento.

—Lo siente —masculló Charly.

Abandonó de nuevo el salón. Sofía ordenó a Sergio y Luigi que sirvieran por fin el almuerzo, y ambos sujetos se encaminaron a la cocina. La muchacha morena había encendido un cigarrillo, y miraba hacia el cielo por el ventanal que daba a la cubierta del yate. Wanda y Melissa miraban con gesto malicioso a Norman Kaplan y a Sofía, que había encendido dos cigarrillos y le tendía uno a él. Norman la miró suplicante.

—Siento haber sido causante de todo esto, Sofía;... Espero que eso no te haya disgustado conmigo, y que mañana nos veamos.

Le miraron todos con asombro. Joe Corso soltó un bufido, como maravillado ante el hecho de que hubiera alguien tan tonto. Melissa y Wanda rieron. Y mientras Sofía fruncía el ceño la morena dijo, con voz que parecía de seda:

—Puede estar seguro que no dejará de ver a Sofía... ¿Verdad, querida prima?

—Ocúpate de tus cosas —gruñó Sofía.

—Eso haría, si tu hermanito me lo permitiera. Pero para él las mujeres sólo somos algo así como esclavas que deben permanecer encerradas en el serrallo o en la casa... aunque en tu caso se muestre muy complaciente.

—Tal vez si se lo pides bien, a ti también te busque hombres para que te contenten —deslizó Sofía, sonriendo.

—Eso lo haré cuando esté tan gorda como tú y no pueda conseguirlos por mí misma, querida prima —replicó la morena.

Y antes de que Sofía tuviera tiempo de pensar en la contraofensiva la bella muchacha morena abandonó también el salón, dejando sonrientes a Wanda y Melissa, ceñudo a Joe Corso, y finalmente pálida de rabia a Sofía, que pareció a punto de salir en pos de su prima, pero lo pensó mejor y miró a Norman Kaplan, que parecía el ser más inocente del mundo.

—Sí —dijo—. Tú y yo nos veremos con mucha frecuencia, puedes estar seguro. Lo que no sé es durante cuánto tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Ven. De momento te instalaré en mi camarote.

—Será mejor que la acompañe —dijo Joe Corso—. Y me encargaré, de dejar bien amarrado a este sujeto, a fin de que no pueda...

—¿Amarrarlo? —Le miró iracunda Sofía—. ¡Nada de eso! Y entérate bien de esto: no te metas con él, déjanos en paz a los dos... y ni por asomo se te ocurra intentar meterte en mi cama, por mucho que el gran jefe Charly Caracciolo te lo ordene... ¿Está claro?

Joe Corso sonrió divertido, y encogió los hombros.

—Yo estoy aquí para obedecer al señor Caracciolo, no a usted. De modo que ya veremos lo que él dice.

—No olvides lo que te he dicho —amenazó Sofía.

De nuevo encogió los hombros Joe Corso. Sofía tomó de una manó a Norman, y lo llevó por el pasillo.

Entraron en el camarote de ella, reducido pero muy agradable y confortable. En la redonda portilla parecía haber un resplandor inextinguible de tibio sol otoñal... Sofía Caracciolo, sin más preámbulos, se abrazó al cuello de Norman Kaplan y lo besó en la boca, largamente, buscando la lengua de él con la suya... Kaplan aceptó la caricia sólo durante unos segundos, apartándola entonces.

—Tengo la impresión —susurró— de que estoy en peligro... ¿En qué lío me he metido?

—No te preocupes —susurró también ella—, mientras yo esté viva nadie te hará daño, cariño. Me he enamorado de ti, ¿sabes? Eres tan suave, besas tan dulcemente... No eres el clásico guapo chulo, como Joe, por ejemplo...

—No os comprendo a ninguno, pero presiento cosas malas para mí...

—Tranquilízate. —Sofía volvió a besarlo en los labios, pero más brevemente esta vez—. De momento obedeceré a Carlo, para no ponerlo demasiado nervioso, pero siempre he hecho con él lo que he querido, a la larga, porque siempre ha querido muchísimo a su hermanita menor. —Sofía soltó una carcajada—. Tú déjame hacer a mí y pórtate bien, que todo terminará bien. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, de acuerdo.

—Ellos te van a tratar como a un prisionero. Acéptalo todo, se dócil, y no te

preocupes por nada..., a menos que me hayas mentido, que nos hayas mentido.

—Mentido... ¿en qué? —se sorprendió Kaplan.

—No hay nadie tonto en este yate, Norman. Y las personas con las que está negociando ahora mi hermano todavía son más listas que nosotros. Si estás mintiendo en algo ellos lo sabrán, y entonces lo pasarías muy mal... Te ruego que lo pienses bien: ¿has mentido en algo?

—No... ¡Te juro que no!

—Entonces todo irá bien. Se dócil y confía en mí.

De nuevo lo besó, y acto seguido salió del camarote. Norman Kaplan oyó el girar de la cerradura, y frunció levemente el ceño. En realidad fue más bien la retención de una sonrisa sarcástica. Si pensaban que una puerta y una cerradura eran suficiente para retenerlo allí estaban listos... Pero de momento lo mejor era, precisamente, hacer caso a Sofía Caracciolo, esto es, comportarse con docilidad... y tener los ojos y los oídos bien abiertos.

A fin de cuentas nunca se pueden llegar a conocer tan bien las costumbres del zorro como cuando uno consigue entrar en su madriguera y observarlo entonces...

* * *

Hacia las cinco de la tarde, cuando Norman Kaplan había dormido la siesta con una perfecta digestión del almuerzo que le había servido Sergio, la puerta del camarote fue abierta, y entraron Charly Caracciolo, Joe, Corso, y la pelirroja Wanda. Ésta fue a sentarse en una butaquita, Corso quedó apoyado en la puerta en actitud vigilante, y Caracciolo tendió unas fotografías a Norman.

—Hemos revelado las fotografías que contenía la cámara que se le cayó al chino. Véalas. Fotografiaron a Joe y a Enrico, cuando llegaron por la mañana al yate, lo que significa que, efectivamente, estaban vigilándonos.

Norman asintió, y se quedó mirando a Charly con la expresión de quien se pregunta qué más cosas pueden ocurrir, con la esperanza de que alguna de ellas le sirva de aclaración definitiva. Charly Caracciolo sacó algunas fotografías más, de diferentes tamaños, algunas de ellas recortadas de periódicos y revistas, y se las entregó.

—Vea si el chino en cuestión está aquí —exigió.

Norman Kaplan fue pasando las fotografías. Todas ellas eran de rostros de chinos, algunas bastante viejas, otras defectuosas, y algunas de las de revistas o periódicos bastante borrosas.

—No, no está aquí —murmuró finalmente Kaplan.

—¿Está seguro?

—Por completo.

—Usted dijo que todos los chinos le parecen iguales.

—También dije que si volvía a ver a aquel chino lo reconocería sin la menor

duda. Lo vi muy bien.

—¿Seguro que no es ninguno de éstos?

—Segurísimo.

—Está bien. ¿Usted es de aquí, de Hampton Beach?

—No. Soy de Nueva York.

—¿Y qué está haciendo aquí y desde cuándo?

—Bueno, llegué a finales de verano, hace cuatro semanas, buscando un sitio tranquilo para escribir. Soy novelista.

—¿Hace cuatro semanas que está por aquí?

—Ya se lo he dicho. Escuche, señor Caracciolo...

—Escuche usted. Yo dirijo la conversación, ¿de acuerdo? Bueno, si realmente usted no está mintiendo las cosas no le irán del todo mal. ¿Dónde se instaló al llegar a Hampton Beach?

—Alquilé un apartamento en el 22 de Riverview Terrace.

—¿Tiene las llaves?

—Claro.

—Démelas.

Norman Kaplan obedeció. No tenía la menor preocupación respecto a las averiguaciones de Caracciolo en ese sentido, pues en el edificio todo había sido montado adecuadamente, empezando por el conserje, que sabía muy bien lo que tenía que decir, y terminando por el ambiente del apartamento, en el que incluso había una novela empezada en la máquina eléctrica... En realidad comprendió que las cosas iban bien para él, pues si hubieran decidido matarlo no buscarían tantas complicaciones ni detalles: simplemente lo matarían... o lo intentarían, que no era lo mismo.

Charly Caracciolo y sus acompañantes se fueron... y a los pocos segundos entró Sofía, que fue a sentarse junto a Norman en el borde de la cama.

—Lo estás haciendo muy bien, querido —sonrió la gorda—. Sigue así, por favor.

—No puedo hacer otra cosa que la que hago, Sofi.

Ella le sonrió, le acarició un muslo, y fue hacia el armario, lo abrió, y sacó algo de ropa. Luego, se desnudó completamente, y dirigió una mirada entre maliciosa y expectante a Norman, que la miraba en silencio e inexpresivo. Sofía Caracciolo, en efecto, no era «gorda», sino rolliza, voluminosa, maciza; sus pechos eran formidables, igual que sus caderas y sus robustas piernas. Ella sonrió de pronto.

—Dime la verdad: ¿te gusto?

—¿Te digo la absoluta verdad? —sonrió a su vez Norman.

—Por favor —susurró ella, entornando los ojos.

—Tengo la impresión de que acostarse contigo ha de ser algo así como acostarse con dos mujeres, pues eres doble en todo... Tus pechos son el doble de grandes que los de cualquier chica, y lo mismo tus piernas, y tus caderas, tu vientre... ¿Que si me gustas? Bueno, digamos que si tu respuesta sexual también es el doble de satisfactoria

hacer el amor contigo tiene que ser una experiencia... inolvidable.

Ella se le acercó, y se sentó de pronto en sus rodillas y le besó ávidamente, golosamente, en la boca. Se estremeció cuando las manos de Norman Kaplan la acariciaron... Y tan sólo unos pocos segundos después Sofía Caracciolo apartó su boca profiriendo una exclamación, y se puso en pie de un salto.

—¡No, hagas eso! —jadeó.

—Creí que te gustaría —se desconcertó Norman.

—¡Claro que me gusta! Está bien claro que conoce a la perfección el cuerpo y las reacciones de las mujeres... pero no quiero que me enciendas ahora, porque tengo que salir. Pero si todo va bien esta noche la pasaremos juntos aquí... y entonces podrás hacerme todo lo que quieras... y ya verás cómo te respondo...

Volvió a acercarse, para besarlo de nuevo en la boca, y Kaplan acarició levemente sus pechos, haciéndola saltar de nuevo hacia atrás, erizado el vello de la nuca, temblorosa toda su piel, dilatadas las pupilas...

—Eres un cerdo maravilloso —jadeó.

Se vistió rápidamente y salió del camarote. Norman Kaplan se llevó las manos a la cabeza: a menos que ocurriese un milagro, aquella noche las cosas se iban a complicar muchísimo en el yate Plutarco.

CAPÍTULO V

Hacia poco que había terminado la cena que le había servido Sergio en el camarote cuando la puerta de éste se abrió, y entró el cocinero a recoger el servicio. Pero no llegaba solo. La bella morena le acompañaba. Esperó a que el cocinero hubiera abandonado el camarote para decir:

—No quisiera estar en su pellejo, señor Kaplan.

—¿Por qué? —La miraba amablemente éste.

—Si les ha mentado lo va a pasar muy mal. Ellos han ido a su apartamento a registrarlo todo, a ver qué encuentran... Y si encuentran algo que les convenza de que les ha mentado...

—No encontrarán nada en ese sentido —aseguró Norman—. ¿Quién es usted?

—¿No se lo han dicho todavía? Soy Marianela, la prima pobre del gran Carlo Caracciolo. Marianela Caracciolo, reciente huérfana recogida por el generoso y magnánimo Carlo.

—Me parece —sonrió Norman Kaplan— que está usted en actitud bastante sarcástica.

—¿Se lo parece? Bueno, póngase en mi lugar: fallece mi padre hace cinco años, cuando yo tenía apenas diecisiete, y paso bajo la tutela de mi tío, el gran Salvatore. Fallece mi tío, y quedo bajo la tutela de mi primo, el hijo del gran Salvatore. Y esa tutela consiste en tenerme prisionera y oculta, es decir, fuera del alcance de cualquier nombre.

—Ya entiendo. Cosas de italianos, ¿no?

—Sí... Cosas de italianos.

—Sin embargo, el señor Caracciolo parece ser muy liberal en esas cuestiones, ¿no? Al menos lo es con Sofía.

—Sofía es su hermana, y con su hermana no piensa tener relaciones sexuales de ninguna clase.

—¿Y con usted sí?

—Me está reservando para cuando llegue el momento de su gran triunfo: entonces se comprará una casa magnífica en Nueva York, como nunca la tuvo ninguno de los Caracciolo, dará una gran fiesta con ríos de champán francés y vodka de la mismísima Rusia, y por la noche terminará su jornada de grandeza desflorando a su joven y tierna prima Marianela.

—Usted no está hablando en serio —murmuró Norman.

—Y usted no conoce a los Caracciolo.

—Empiezo a temer que eso no es precisamente una ventaja... ¿A qué gran triunfo se refiere usted?

—¿No sabe lo que está tramando Carlo Caracciolo?

—Claro que no. ¿Cómo habría de saberlo?

—Bueno, pero al menos sabrá usted de él que es un altísimo jefe de la mafia, ahora que ha muerto su padre, el gran Salvatore.

—No... No sabía... nada de eso... ¡Cielos, la mafia!

Marianela ladeó la cabeza, y se quedó mirando especulativamente a Norman Kaplan.

—Hay algo... extraño en usted, señor Kaplan —murmuró—. Desde luego no me sorprende que esa cerdita de Sofía se haya encaprichado tanto, pues es... muy atractivo, de un modo... diferente. Pero hay algo extraño en usted.

—Pues dígame qué es, porque hasta ahora yo me he considerado muy normal.

—Es que ni yo misma sabría explicarle qué le encuentro de extraño, de... diferente. En cualquier caso, he venido a pedirle un favor.

—¿Usted a mí? Bueno, cuente con él. —Norman volvió a sonreír—. Aunque le recuerdo que soy prisionero de su primo, y que eso me pone muchas limitaciones.

—No para lo que voy a pedirle, señor Kaplan.

—¿Qué va a pedirme?

—Que me desflores.

Norman Kaplan respingó, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Marianela Caracciolo.

—¿Qué? —exclamó por fin quedamente.

—No quiero que ese par de cerdos tengan ninguna satisfacción en lo que a mí se refiere. De modo que he decidido acostarme con usted antes de que lo haga Sofía. Y está claro que eso dará lugar a que Carlo no encuentre en mí lo que espera encontrar el día que él decida tomarme. ¿Qué se ha creído ese bruto?

—Escuche, señorita Carac...

—Llámame Marianela —dijo ésta, abrazándose a la cintura de Norman Kaplan con un gesto de cálida entrega—. No creas que pedirte esto me ha significado ningún trauma. Podría habérselo pedido a cualquiera de los bestias que rodean a mi primo, pero no me agradaba ninguno... Y además, ninguno se habría atrevido a coger la flor que está destinada para Carlo Caracciolo.

—Y quieres que la recoja yo... y que tu primo me corte luego la... cabeza.

—¡Qué más da, tonto! —rió Marianela—. ¿Todavía no has comprendido que no saldrás vivo de esta situación? Te estoy ofreciendo la posibilidad de vengarte a Carlo Caracciolo antes de que éste acabe contigo. ¿No te parece una oportunidad maravillosa?

—Preferiría tener la oportunidad de seguir viviendo, francamente. Y tal como me estás exponiendo las cosas quizá sería buena idea largarme de este barco.

—¿Sí? Dime cómo, y me iré contigo.

—Bueno, pues... salimos de aquí y nos vamos... ¿no?

—No me creo que seas tan ingenuo. —Marianela besó los labios de Norman, suavemente—. Se fueron Carlo, Joe y la cerda de Sofía, pero se han quedado Luigi,

Sergio, y esas dos gatas ramera del gran Carlo Caracciolo... Cualquiera de los cuatro nos mataría si intentáramos marcharnos. Es decir, te matarían a ti, puedes estar seguro. Yo no, porque soy virgen.

—Envidiable condición —masculló Norman.

Marianela volvió a reír, y besó ahora la barbilla de Norman Kaplan, buscando acto seguido la boca, mientras susurraba:

—Ya sé que no vas a creerlo, pero en cuanto te vi me dije que tú ibas a ser el hombre que me haría mujer... Y es una lástima que vayas a morir tan pronto, porque me gustaría... dedicarte todas las horas de mi vida...

—Vamos —dijo Kaplan—, que te has enamorado de mí.

—¿Te sorprende? —Echó ella la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos, intensamente.

—Escucha, preciosa: ¿por qué no me dices la verdad de lo que pretendes, y entonces tal vez lleguemos a un acuerdo?

—¡Ya te he dicho lo que quiero! ¡Quiero que ese cerdo asqueroso no me encuentre virgen! Y vas a ser tú quien le dé el disgusto a él y la satisfacción a mí... No entiendo por qué te resistes... ¿No te gusto?

—No.

—¡Estás mintiendo! —rió Marianela, una vez más.

Se apartó de Kaplan, y procedió a desnudarse lentamente, sin dejar de mirarlo. Su cuerpo era fino, delicado, de una belleza espléndida y tierna, infinitamente más sugestivo que el de Sofía. Todo él era como un esbelto tallo de flor rematado por la belleza del rostro y de los grandes ojos castaños... Marianela, ya completamente desnuda, se acercó de nuevo a Kaplan, y susurró:

—No me decepciones... Por favor, hazme lo que te pido.

Se abrazó ahora a su cuello, y buscó su boca... Justo en aquel momento la puerta del camarote se abrió, y Marianela se separó con gran sobresalto de Norman Kaplan: Los dos se quedaron mirando a la rubia Melissa, que había entrado impetuosamente en el camarote y ahora estaba boquiabierta contemplando la escena. Reaccionó de pronto, sonriendo:

—Te buscaba para decirte que Carlo está de vuelta.

—¿Ya? —Respingó Marianela, corriendo hacia sus ropas.

—Ya. Tú debes estar loca, amiguita.

—¿Se lo vas a decir?

Melissa estuvo unos segundos mirando de Marianela a Norman y de Norman a Marianela, mientras ésta se vestía a toda prisa.

—No sé. Ya veremos. Caramba —miró socarronamente a Norman—, me gustaría saber qué encanto especial tienes, guapo. Lo digo porque incluso a mí me gustas.

—Me parece que a Carlo no le gustaría oír eso —sonrió Kaplan.

Melissa sonrió. Marianela terminó a toda prisa de vestirse, besó a Kaplan en los labios, y susurró:

—Por favor, no lo hagas con esa cerda...

Salió del camarote, seguida de Melissa, que dirigió una última mirada entre desconcertada y ávida al prisionero, el cual se sentó apenas estuvo de nuevo solo, llevándose otra vez las manos a la cabeza.

—¡Esto sí que es un lío inesperado...! —exclamó.

¿Cómo podía tomarse en serio a toda aquella gente de reacciones tan... primitivas, tan impulsivas y puramente personales? Entre ellos prevalecían los deseos de tipo personal, las satisfacciones sensuales.

¿Qué otra cosa podía haber para que alguien hubiese enviado a la CIA aquel anónimo asegurando que les interesa Carlo Caracciolo? Muy bien, estaba el chino y lo que éste podía aportar a tan grosero grupo, pero...

La puerta del camarote se abrió de nuevo, y entró Carlo Caracciolo, seguido de Sofía y de Joe Corso.

—De acuerdo —dijo en seguida Carlo—, todo está bien allí, Kaplan, de modo que haremos un trato.

—¿Qué trato? Escuche, señor Caracciolo, yo estoy temiendo que... que ustedes no tienen precisamente buenas intenciones respecto a mí, y quisiera saber...

—No te va a pasar nada —dijo Sofía, acercándose a él y abrazándolo golosamente—. ¿Verdad que no, Carlo?

Éste abrió la boca... y fuera del camarote se oyó un grito, un estrépito indefinible, y en seguida otro grito, ahora claramente femenino. Hubo un veloz cambio de miradas entre Joe Corso y Carlo Caracciolo, y el primero sacó la pistola de su funda axilar, dio la vuelta, y salió impetuosamente del camarote... Pareció tropezar con un muro, giró, y entró de nuevo, dando tumbos y mirando estupefacto de uno a otro de los presentes, ya vidriosa la mirada... mientras en su chaquetón aparecían tres puntitos rojos. Terminando el giro, Joe Corso llegó ante Charly Caracciolo, emitió un ronquido, y le echó los brazos al cuello. Carlo lanzó un grito, y apartó de sí a Corso, que volvió a roncar fuertemente, cayó de rodillas, y luego de costado. En un instante quedó inmóvil, encogido, como si tuviera frío, con los ojos abiertos y la boca crispada como a punto de iniciar el llanto.

El primero en mirar hacia la puerta del camarote fue Kaplan. Había allí dos sujetos altos, fuertes, cada uno de ellos empuñando una pistola provista de silenciador. Carlo y Sofía también los miraron, y el primero, lívido, se dispuso a decir algo, pero uno de los sujetos armados masculó:

—Permanezcan con la boca cerrada y sin hacer tonterías. Especialmente tú, Carlo Caracciolo. ¿Vas armado?

—No —jadeó el italoamericano—. ¿Quiénes son ustedes?

—No digan nada —insistió el desconocido—. Vengan al salón.

Salieron dócilmente los tres, Carlo, lívido de miedo y rabia, y Norman Kaplan comprendiendo que la cosa se había complicado todavía más de lo que había temido, pues la intervención de aquellos hombres significaba la de un grupo ajeno a la CIA,

ajeno a Carlo Caracciolo, y ajeno al chino llamado Ho Mao Sing.

Y de pronto, incluso antes de que lo comprendiera Carlo, Kaplan supo a qué grupo pertenecían aquellos hombres. Miró a Carlo, que caminaba junto a él y ambos detrás de Sofía, y vio palidecer aún más al mafioso... Una palidez que sólo podía ser superada por la de la muerte, pues Carlo Caracciolo había comprendido que aquellos hombres eran de la mafia.

Cuando llegaron al salón vieron a la pelirroja Wanda caída cara al techo, con los ojos desorbitados y tres manchas de sangre sobre su seno izquierdo; no quedaba en sus vidriosos ojos el menor rastro de vida. Tan muerto como ella estaba el cocinero Luigi, tendido en un rincón, arrugado como si fuese un muñeco de trapo, y sangrando por no menos de diez heridas. Melissa y Sergio, sentados en el diván, permanecían rígidos y atemorizados, la primera con un pómulo partido de un golpe, el segundo ileso y demudado. Había otros dos hombres armados allí... y por detrás de ellos llegó el quinto, empujando a Marianela, que estaba en pijama. Nadie decía nada, porque, de súbito, parecía que todos habían comprendido.

—Sentaros todos juntos en el diván —ordenó el mismo hombre que antes hablara con Carlo.

Formaron una apretada fila. Norman quedó entre Sofía y Marianela, notando la tibieza de la carne de ésta a través de la tela del pijama, de fina seda amarilla; destacaban de modo espléndido los pezones de sus erguidos pechos..., cosa que no parecía impresionar en absoluto a los cinco asaltantes del Plutarco.

El que parecía dirigir el grupo abandonó el salón, en dirección a cubierta. Oyeron sus pasos de regreso un par de minutos más tarde.

—Me llamo Steven —dijo mirando a Carlo Caracciolo—. Nada va a sucederle a quien no busque complicaciones. Lo único que vamos a hacer es zarpar hacia un lugar donde nos están esperando. ¿De acuerdo?

—Quiero saber lo que ocurre —dijo Carlo, ya más sereno—. Sé que sois de los míos, y quiero saber...

—Hay otras personas que también quieren saber, Carlo Caracciolo. Y con ellas te llevamos, de modo que ve pensando qué explicación vas a darles.

—Explicación... ¿sobre qué?

—Sobre el hecho de que estés aquí cuando hiciste creer a todos que ibas a las islas Bahamas. No me importan estas cosas, pues sé bien que eres uno de los más altos jefes, y yo sólo soy un «visitador», de modo que no lo tomes como nada personal. Sabes mejor que nadie que tengo que obedecer las órdenes.

—¿Por qué no las mías?

—Porque cada uno tiene su grupo autónomo —movió la cabeza el otro—, y en tu grupo estaban Giuseppe Corso y Enrico Novaro. Precisamente fue el viaje de ellos hacia el Norte lo que sorprendió a unas personas, que quisieron saber a qué venían ellos hacia aquí si tú estabas hacia el Sur... Y has causado la gran sorpresa, Carlo Caracciolo.

—¡Tengo derecho a ir dónde me plazca...!

—Por supuesto —sonrió el llamado Steven—, pero no es conmigo con quien tienes que discutir eso. Si te resulta más cómodo llámame Stefano, pero sobre todo, por favor, nada de comedias ni líos, yo sólo estoy cumpliendo órdenes, y no comentaré nada más al respecto. ¿Quién pilota el barco?

Carlo señaló a Wanda, y el otro miró el cadáver, movió la cabeza, y fijó su mirada en Melissa, que abrió mucho los ojos.

—Pareces una copia de ella —dijo—. ¿Sabes pilotarlo también?

—Sí... Sí, sí.

—Hazlo. Amadeo subirá contigo y te dirá hacia dónde tienes que ir. Y si te portas mal, Amadeo te cortará el cuello, encanto. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor —casi gritó Melissa.

Stefano asintió, miró a Amadeo, y éste, sonriendo, señaló las escaleras que conducían a cubierta, hacia las cuales se precipitó Melissa. Subieron los dos. Al poco, el yate comenzó a vibrar suavemente. Unos segundos después estaban navegando. La mirada de Stefano se posó con divertida malicia en Marianela.

—Tú debes ser la prima cautiva de la que todos hablan —dijo.

—¿Qué? —exclamó Carlo Caracciolo.

—¿No lo sabías? —Lo miró Stefano—. No es que me importe, pero todos dicen que vives en el siglo pasado. Todos saben que tienes a tu prima secuestrada desde que murió tu padre... es decir, que sigues la línea de él, sólo que con otras intenciones.

—¿Y qué más se dice? —jadeó con rabia Carlo Caracciolo.

—Que estás dándole grandiosidad a algo que es muy simple... Estás esperando un momento cumbre para tirarte a tu prima, cuando eso es lo más sencillo del mundo. Bueno, cosas tuyas que todos respetaban... mientras hacías las cosas de modo normal, pero ahora que mentiste a todos viniendo aquí...

—Pagarás muy caro todo lo que estás diciendo —amenazó fríamente Carlo.

Stefano lo miró sorprendido.

—Me parece que no entiendes la situación —dijo—, me han enviado a por ti, y eso estoy haciendo.

Cuando llegamos al embarcadero os vimos marchar, y no pudimos seguimos a ti, a tu hermana y a Corso, de modo que os esperamos. Y en cuanto habéis vuelto de donde sea, hemos cumplido las órdenes. Por lo demás, no me interesa nada: ya hablarás con quienes te harán las preguntas más adecuadas. En cuanto a tu prima, todos saben que ella y su padre no formaban parte de la «familia», y que sólo cuando ella quedó sola tu padre la obligó a quedarse con vosotros, integrándola. ¿Vas a meterte conmigo porque mencione lo que todo el mundo sabe en la «familia»? A fin de cuentas eres alguien importante en ella, ¿no? Es lógico que todos los mediocres nos interese por el gran Carlo Caracciolo. ¿O no te parece lógico?

—Tienes la lengua muy suelta.

—Soy un «visitador» de primera categoría —sonrió Stefano—, y sabes muy bien

lo que eso significa.

—Yo no —dijo Kaplan—. ¿Qué significa?

—Significa —lo miró todavía risueño Stefano— que estamos especialmente preparados para hacer visitas discretas... que terminan a gusto del visitado. Si se resisten a escucharnos y obedecernos, los eliminamos; si se comportan con inteligencia y escuchan... y luego cambian de rumbo, siguen viviendo. ¿Me he explicado?

—Sí, señor —sonrió Kaplan—. Gracias.

—De nada, guapo. ¿Y tú quién eres?

Kaplan abrió la boca, pero Sofía Caracciolo saltó:

—¡Es mi novio!

Stefano y los otros tres pistoleros de categoría se quedaron mirando atónitos a Sofía. Luego miraron a Norman Kaplan, y sonrieron como puestos de acuerdo. Uno de ellos dijo, terminando con una risotada.

—¡Felicidades, pimpollo! Te llevas una flor.

Sofía palideció, y todavía más lo hizo su hermano. Kaplan iba mirando apaciblemente de uno a otro hombre. Se estaba dando perfecta cuenta, por su actitud no del todo respetuosa con Carlo y su hermana, de que aquellos sujetos no daban ni un centavo por la continuidad de los Caracciolo en esta gran aventura que es la vida... a menos que Carlo diese explicaciones convincentes, lo que no parecían creer. Se preguntó si Stefano y los suyos sabían algo de Ho Mao Sing, y concluyó que no... por el momento.

—Supongo que hay algo de comer a bordo —dijo Stefano—. ¿Quién se encarga de eso?

—Yo —murmuró Sergio—. Bueno, soy el camarero, pero...

—Ve a la cocina a prepararnos unos bocadillos. Giulio, ve con él.

Sergio y Giulio desaparecieron en dirección a la cocina. Hubo unos segundos de silencio. Por fin, Carlo preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Lo sabremos dentro de... hora y media —replicó Stefano, Consultando su reloj —, cuando llamemos por la radio para decir que hemos conseguido el objetivo. Nos darán instrucciones entonces. Entiendo que por el momento se trata de hacer las cosas con discreción, así que posiblemente acudan a nuestro encuentro para esa entrevista contigo.

—¿Quiénes son los que te han enviado?

Stefano sonrió, moviendo negativamente la cabeza. Iba a decir algo cuando el yate viró tan bruscamente que todos fueron desplazados. Afuera se oyó el rugir de una lancha veloz, y en seguida el golpetazo de una fuerte ola contra el casco del yate.

—¿Qué demonios pasa? —exclamó Stefano—. ¡Niño, sube a ver! Y vosotros, cuidado con intentar algo queriendo aprovechar que quedamos solo Enzo y yo para vigilaros. No estamos para bromas.

—¿Puedo fumar? —pidió Norman Kaplan.

—No. Y estate quietecito si no quieres que Sofía enviude antes de casarse. Todos ahí quietecitos y callados, ¿de acuerdo?

CAPÍTULO VI

Pistola en mano Niño había llegado a cubierta, donde no vio nada que le pareciera anormal. Desde la salida miró hacia la cabina, donde vio a su compañero Amadeo y a la bella rubia Melissa, ésta a los mandos. Se acercó, y se asomó a la cabina.

—¿Qué ha pasado, Amadeo?

—Un chiflado, que por poco se estrella con su lancha contra el yate. Hemos tenido que virar casi en redondo, y ahora estamos recuperando el rumbo... ¿Lo he dicho bien, guapa?

—Sí —murmuró Melissa, intentando sonreír—. Muy bien.

—Es muy simpática —dijo Amadeo, pasándole una mano sobre los senos bien marcados en el jersey a rayas—. En cuanto salgamos a mar abierto a lo mejor nos divertimos mucho los dos aquí juntitos. ¿A que sí, prenda?

—No compliques las cosas —advirtió Niño—. Métele mano, pero cuidado con perder el control de la situación por intentar otras cosas. Luego te subiré algo para cenar.

Niño dio la vuelta, y se dirigió hacia la entrada al interior del yate. No tuvo tiempo de nada. Ante él apareció de súbito la reluciente sombra, vio un destello luminoso describiendo un arco en alguna parte, y al instante fue atrocemente degollado por la fortísima cuchillada. Emitiendo un ronquido y soltando un violento chorro de sangre, Niño se desplomó hacia atrás, todavía latiendo el corazón por los últimos impulsos de la sangre, pero ya muerto.

En la cabina, Amadeo vio algo confuso, porque el cristal de aquélla emitía unos reflejos que le impedían la total visibilidad hacia aquella parte. Pero intuyó perfectamente, que algo sucedía, dejó de manosear a Melissa, y se dispuso a salir de la cabina.

La aparición del chino fue tan inesperada, tan sorprendente, tan pasmosa, que Amadeo ni siquiera recordó que tenía una pistola en la mano. Vio a un chino completamente desnudo y reluciente de agua, respingó con tanta fuerza que se atragantó... y al instante siguiente el chino le había lanzado el cuchillo, que se hundió en su pecho como si éste fuese de mantequilla. El chino entró, tan velozmente que tuvo tiempo de quitarle la pistola de la mano a Amadeo, al que empujó tirándolo a un rincón de la reducida cabina.

Cuando Melissa, no poco sobresaltada, vino a darse cuenta, el chino estaba junto a ella, clavándole la punta de la pistola en los riñones.

—Sigue navegando normalmente —ordenó.

Melissa sentía ganas de gritar, pero todo lo que hizo fue asentir. Otro chino apareció en la entrada a la cabina, igualmente desnudo. Dijo algo en chino, tiritando. El otro le replicó en su idioma, y el chino que tiritaba asintió y desapareció de la

visión de Melissa. Ésta lo vio un momento, como una siniestra sombra que se esfumó en la cubierta.

* * *

Oyeron las pisadas en las escaleras, y por instinto o por aburrimiento todos excepto Stefano miraron hacia allí. Y todos vieron los zapatos y los pantalones de Niño apareciendo a medida que bajaba peldaños... Sólo comprendieron que se estaban equivocando cuando, de repente, el hombre que bajaba se acuclilló, mostrando su torso y su cabeza.

El pasmo fue general cuando vieron al chino.

Enzo lanzó un grito de advertencia, orientó la pistola hacia la escalerilla... y recibió en el ojo derecho la primera bala disparada por el chino. Fue un balazo de resultados impresionantes: reventó el ojo, reventó la coronilla de Enzo, éste gritó breve pero horriblemente y, salpicando sangre por el ojo y la coronilla, giró sobre sí mismo y fue a desplomarse de bruces ante los pies de Marianela y Kaplan.

Mientras tanto, vibrando todo su cuerpo por la tensión de la alarma, Stefano giraba, apuntaba al chino, y disparaba precipitadamente. Todos vieron perfectamente cómo el desnudo estómago del chino parecía reventar en una roja flor que se esparció a su alrededor, reluciente; fue talmente como si el chino hubiera tenido dentro de su cuerpo un petardo que lo reventara hacia el exterior. El impacto de la bala fue tan fuerte que el chino cayó sentado en un escalón, pero todo ello sin proferir un solo sonido, y disparando al mismo tiempo contra Stefano velozmente por dos veces. A cada impacto, Stefano pareció pretender efectuar un salto prodigioso que sólo consiguió a medias... Dejó de recibir balas y de bailar porque el chino se relajó bruscamente y no pudo seguir disparando. Rodó escaleras abajo y pareció desparramarse sobre la alfombra del salón, quedando cara al techo... mientras, más allá, Stefano caía rodando hacia el pasillo y quedaba inmóvil en la entrada de éste.

—¡Stefano! —Se oyó el grito de Giulio—. ¿Qué pasa? ¡Stefano!

El chino tendido en el suelo hacía señas a Carlo Caracciolo, que finalmente reaccionó y fue a dejarse caer de rodillas junto a él.

—Ho Mao... viene —barbotó el chino—. Está... en la lancha...

—¡Carlo! —gritó histéricamente Sofía.

Éste se volvió, por instinto, hacia el pasillo, todavía arrodillado. Vio allá a Giulio terminando el gesto de incorporarse junto a Stefano y apuntándole con la pistola.

—¡Nooo...! —gritó Carlo Caracciolo.

Al mismo tiempo veía la vibración de la pistola en la mano de Giulio y recibía en el muslo derecho el tremendo impacto de la bala. Lanzó un berrido y saltó de modo prodigioso, para caer un metro más allá.

No vio a Norman Kaplan moviéndose velozmente en busca de la pistola de Enzo, pero sí oyó el disparo que aquél efectuó todavía tendido en el suelo, y vio a Giulio

estremecerse en fortísima sacudida que le obligó a lanzar lejos la pistola, mientras caía hacia atrás girando como una peonza y desaparecía en el pasillo.

Los desorbitados ojos de Charly Caracciolo buscaron al autor del disparo salvador, y vieron a Norman Kaplan junto a él, tendido en el suelo, todavía apuntando hacia el pasillo. Norman Kaplan miró a Carlo, miró luego la pistola, y de pronto la dejó caer como si quemara, y jadeó:

—Oh, Dios mío...

De repente, Marianela rompió a llorar.

Realmente, todo era espantoso.

Lo era incluso para Norman Kaplan, si bien éste realizaba su comedia de persona no acostumbrada a las armas. Sabía lo que iba a ocurrir a continuación y, en efecto, ocurrió: el yate estaba perdiendo velocidad, hasta que pareció que fuese a detenerse. Pero no fue así, sino que, tras llegar a este punto de casi detención comenzó a recuperar una velocidad normal. Afuera se había oído el rugir de los motores gemelos de una lancha potente, de modo que Norman Kaplan no se sorprendió cuando casi en seguida vio aparecer a dos chinos vestidos normalmente y armados de pistolas. Uno de ellos atendió inmediatamente al chino desnudo herido en el estómago, y el otro saltó hacia el pasillo, para controlar a Giulio, que estaba herido en el hombro derecho debido a lo que más tarde sería calificado como «casual y afortunado disparo de Norman Kaplan»..., que se guardaría muy bien de decir que había herido a Giulio porque quería que éste estuviera vivo para contestar preguntas, y que hubiese podido meterle la bala con toda precisión donde hubiera querido, incluso en el reducido espacio de una peca...

Finalmente, cuando la situación abajo estaba controlada, apareció Ho Mao Sing.

Norman lo vio descender la escalera, y lo identificó en seguida: era el chino que él había visto la noche anterior visitando el yate de Carlo Caracciolo, y cuya fotografía obraba en poder de la CIA, que tal vez en aquellos momentos ya lo tuviera identificado y localizado. Eso estaría bien por un lado, pero mal por otro, porque Norman Kaplan sabía que las cosas interesantes para él sucederían a partir de ahora.

Ho Mao Sing debía tener unos cincuenta años, y era un chino pulcro, anodino, vulgar. No había en él nada especialmente destacable... y eso fue precisamente lo que impulsó a Norman Kaplan a mirarlo con más atención, pues sabía perfectamente que los mejores espías eran de las características de Ho Mao Sing...

Éste se acuclilló junto a Carlo, que gemía sin cesar el dolor de su herida en el muslo, y le sonrió afablemente.

—Vamos, vamos, Carlo, tranquilícese. Es sólo una herida.

—¡Pero la tengo yo, no usted! —aulló Carlo.

—Eso es cierto. Déjelo todo en mis manos. Dentro de poco desembarcaremos, y será trasladado a un lugar donde un médico le atenderá debidamente. Ojalá pudiera hacer lo mismo por Tsiu, pero por desgracia el pobre ha muerto debido a la herida... Ya ve que no le hemos abandonado en un momento de apuro.

—Todavía... no sé bien qué ha pasado —jadeó Carlo.

—Justo cuando yo llegaba en mi lancha vi a varios hombres abordando su yate, y comprendí que la situación no era deseable, así que espere el momento de intervenir. Mis dos mejores hombres saltaron al agua desnudos, y consiguieron trepar por el casco del yate con unos ganchos. Ahora todo está bien.

—Me voy a desangrar... Me voy a morir... ¡Me duele mucho la herida!

—Es natural. Pero nada de morir. Mañana estará perfectamente.

—¡Mañana habré muerto! —sollozó Charly Caracciolo.

—¡Deja de llorar, cobarde! —le gritó Marianela, cuya casi histeria había sido controlada.

Ho Mao Sing se apartó de Carlo, y fue a sentarse en el diván junto a Norman Kaplan, al que dirigió una amabilísima sonrisa... que llevó escalofríos a la piel del prisionero.

—Usted, naturalmente, es el señor Kaplan.

—Sí... Sí, sí, Norman Kaplan.

—Entiendo que su intervención ha sido muy afortunada, señor Kaplan.

—Ni siquiera sé lo que he hecho... ni cómo lo he hecho.

—¡Estoy seguro de ello! —rió Sing—. A veces las personas más inofensivas realizan hechos asombrosos impulsados por la necesidad. ¿Nunca antes había disparado usted un arma?

—Oh, sí, sí... Bueno, en el Ejército, claro... Pe... pero no se puede decir que me admirasen por ello.

—¡Comprendo! —rió Sing, dándole una palmada en un muslo—. Bueno, señor Kaplan, según parece usted es un hombre providencial para mí, y no sólo por su intervención en lo sucedido en el yate, sino porque vio al chino que tomaba las fotografías del Plutarco. ¿Fue ésa la primera vez que lo vio?

—Sí, claro... Naturalmente.

—Quiero decir que usted no había visto antes el Plutarco, no conocía a la señorita Caracciolo.

—Desde luego que no. La vi en...

—Ya sé. —Sing sonrió casi cariñosamente, y Kaplan sintió de nuevo como una congelación en toda su piel—. Le envié a usted algunas fotografías de unos cuantos chinos, y al parecer ninguno de ellos era el que usted vio tomando las fotografías. He traído unas cuantas fotografías más que me gustaría que usted examinara con todo cuidado... ¿Querrá hacerlo, señor Kaplan?

—Sí... Con gusto, sí. Pero escuche, señor Sing...

—¿Sabe mi nombre?

—Claro. Lo han estado mencionados todos en este yate.

—Ya. Sí, es lógico —bajo la amabilidad de Sing había como un gigantesco témpano—. ¿Quería decirme algo?

—Sí, señor. Mire, yo... yo tengo la impresión de que me he metido en un lío de

los grandes, especialmente ahora que... que ha muerto tanta gente, pero... son cosas que a mí no me importan, y no quisiera...

—Usted teme que no le dejemos marchar jamás, ¿no es eso?

—Bueno... Eso o algo peor, francamente.

—Pues tranquilícese. Mire, señor Kaplan, le voy a explicar la situación, para que usted comprenda mi postura y se muestre comprensivo conmigo y mis preocupaciones... El señor Caracciolo y yo estamos... gestionando unos negocios muy importantes que por el momento conviene que sean secretos, a fin de no dar facilidades a la competencia...

—El señor Caracciolo es de la mafia, señor Sing.

—Sí, lo sé —la sonrisa del chino fue pura miel—, pero yo no he dicho que esos negocios que estamos gestionando sean honrados, ¿verdad? Tampoco son tan malos como para que usted se alarme demasiado... Pequeñas granujadas, señor Kaplan. Todo el mundo comete pequeñas granujadas hoy en día, ¿no está de acuerdo?

—Francamente, no sé. Lo que sí sé es que... me conviene no enemistarme con usted.

—Ah, señor Kaplan, claro que no... ¡Nunca es conveniente enemistarse con nadie! ¿Qué se gana teniendo enemigos? Si acaso, lo que yo: preocupaciones. Digo todo esto porque, siguiendo con la explicación que había comenzado a darle, el señor Caracciolo y yo deseamos que nuestras gestiones se mantengan en secreto y, como usted sin duda ya habrá comprendido, hay alguien que pretende enterarse de nuestros asuntos. Evidentemente, el chino que usted vio tomando fotografías forma parte de ese grupo de personas, que quizá a estas alturas sepan más de lo que yo desearía del asunto, o quizá continúen espiándonos a distancia... ¿Me va comprendiendo?

—Desde luego. No soy ningún tonto.

—Nadie ha dicho semejante cosa. Entiendo que es usted novelista, profesión poco apta para tontos.

—Se puede ser novelista y ser tonto.

—¿De veras? Bueno, será así, puesto que usted lo dice. En cualquier caso, usted no es tonto, y ya ha comprendido mis problemas. Verá, señor Kaplan: si yo consigo saber quién era el chino que fotografiaba el yate del señor Caracciolo podré buscarlo y... preguntarle las cosas que quiero saber, como por ejemplo, quiénes le pagan para que nos vigile, con lo que sabría exactamente la identidad de nuestros competidores. ¿Me comprende?

—Sigo sin ser tonto —gruñó Kaplan; y añadió—: Y sé que usted tampoco lo es.

—¿Qué quiere decir?

—No creo que mi situación empeore por demostrar que no me chupo el dedo, ¿verdad? Mi idea del asunto es que usted cree que el chino de las fotografías es un traidor. Un traidor del grupo de usted, se entiende.

—¿Cómo ha podido obtener semejante conclusión?

—Es bastante simple. En el mundo hay tantos chinos que me parece descabellado

que usted pretenda conocer al que tomaba las fotografías. Si tiene esa pretensión es porque está seguro de conocerlo previamente, es decir, que forma parte de su grupo, casi seguro, o de un grupo muy bien conocido por usted. Pero usted, por medio de Carlo Caracciolo, me ha estado enseñando fotografías de toda clase, y ahora viene con más, de modo que tengo que deducir que si consigue esas fotografías es porque conoce a una serie de chinos de los cuales teme una traición. Y para llegar al nudo de esa traición se puede empezar muy bien con el chino de las fotografías. Yo creo que usted es un hombre mucho más listo que yo, señor Sing, y que sabe perfectamente que nadie ajeno a usted, de raza china, sabe de sus relaciones con Carlo Caracciolo. Por tanto, usted teme tener un traidor en el grupo..., y espera que yo se lo identifique.

Un silencio total se había hecho en el salón del yate. Carlo, Sofía, Marianela, todos los chinos presentes, y el propio Ho Mao Sing contemplaban con evidente sorpresa a Norman Kaplan. Y por fin, de nuevo sonrió Sing.

—Señor Kaplan —movió la cabeza—: su mente es formidable. Ni yo mismo habría expuesto mejor la situación. La pregunta es: ¿puedo contar con su ayuda para identificar a ese presunto traidor?

—¿A cambio de qué?

—Bueno... ¿Qué pediría usted?

—Algo realmente barato: mi vida.

—Pero, señor Kaplan, ¿cómo podría pagarle con algo que ya es suyo?

—Usted me entiende perfectamente.

—De acuerdo. —Ho Mao Sing le tendió otro paquetito de fotografías—. Por favor, vea éstas. No tenemos prisa, tómese todo el tiempo que quiera.

Norman Kaplan asintió, y se dedicó a ir pasando las fotografías, que, como la vez anterior, eran de poca calidad, como esas que se guardan en viejos álbumes olvidados o en cajas de zapatos en el desván. Había también recortadas de periódicos y revistas, pero eran las menos...

Y de repente Norman Kaplan intuyó la verdad como si fuese una revelación celestial: ninguna de las fotografías que le habían mostrado hasta entonces valía nada, ninguna correspondía a chinos del círculo o grupo de Ho Mao Sing; todas eran fotografías inocentes conseguidas en lugares o de personas todavía más inocentes. Ni uno solo de aquellos chinos fotografiados significaba nada en la vida de Ho Mao Sing, ni siquiera debía conocerlos. Pero entonces..., ¿qué pretendía mostrándole fotografías de chinos desconocidos, algunos de los cuales posiblemente ya habrían muerto...?

—No está aquí —susurró Kaplan, mirando a Sing.

Éste, que se había alejado de él para conversar en voz baja con dos de sus hombres, se volvió a mirarlo amablemente.

—¿Está seguro, señor Kaplan?

—Completamente seguro.

—Bueno, insisto porque tal vez, tratándose de chinos, usted podría confundirse...

—No, señor. Si alguien me pidiera que describiera su cara lo haría bien, pero mi descripción sería parecida si tuviera que describir a otro chino de su edad y parecido a usted, ¿no es cierto? Sin embargo, si me mostraran su fotografía jamás lo confundiría con ningún otro chino. ¿Me explico?

—De maravilla. Señor Kaplan, piénselo bien: ¿realmente el hombre que tomaba las fotografías era un chino?

—No menos chino que usted.

—De acuerdo... —sonrió seductoramente Sing—. Ya verá, señor Kaplan, cómo la próxima vez que le muestre fotografías el chino que usted vio estará entre ellas.

Norman Kaplan podía haber dicho que esto era imposible, puesto que el chino se lo había inventado él para justificar la muerte de Enrico. Pero tenía la intuición de que inventarse aquel chino había sido una de las más afortunadas mentiras de su vida de espía, y aunque sólo hubiera sido por esto habría guardado silencio al respecto.

La pregunta era: ¿qué fotografías le iba a mostrar Sing la próxima vez?

Podía haber conversado algo con Ho Mao Sing en este sentido, pero sabía que el chino no le adelantaría nada al respecto. Miró a Sofía, y comprendió que, afortunadamente, aquella noche tendría que dedicarla a hacer de enfermera de su gimoteante hermano, así que no estaba la fiesta para amores, salvo que la rolliza ninfa fuese en verdad muy especial...

En el yate reinaba una actividad encaminada a empaquetar los cadáveres de los cuatro «visitadores» de la Mafia, que serían pronto arrojados al mar..., si es que estaban navegando hacia el mar, pues bien podía estar navegando ahora río arriba. El herido en el hombro, Giulio, yacía sentado, casi tumbado, en un rincón, con la mirada perdida y una enorme costra de sangre en el hombro. Ho Mao Sing conversaba con sus hombres, que iban y venían, subían y bajaban... Era fácil comprender que Sing estaba acostumbrado a mandar y a afrontar situaciones mucho más complicadas que la actual.

—Norman.

Éste miró a Marianela, sentada a su lado. Ella le cogió una mano.

—¿Sí? —Alzó una ceja Norman Kaplan.

—Yo te ayudaré a escapar... ¡Escaparemos juntos!

—Es una buena idea —replicó entre irónico y sombrío el agente de la CIA—: avísame cuando eso sea posible.

CAPÍTULO VII

Al parecer las intuiciones de Norman Kaplan seguían una vena de aciertos continuados, pues también se cumplió la de que en lugar de estar navegando hacia el mar lo habían hecho río arriba. Es decir, evidentemente habían llegado al mar, donde habían descargado los lastrados cadáveres de los cuatro «visitadores» de la Mafia, y luego habían navegado Hampton River arriba.

Y no por demasiado tiempo, por lo que Norman comprendió que el lugar al que se dirigían no estaba lejos de la localidad de Hampton River..., lo que justificaba que Charly Caracciolo hubiese anclado su yate en dicho lugar: de este modo estaba cerca de Ho Mao Sing, pero no tan cerca que lo viesan con él; en cambio, el chino podía visitarlo personalmente siempre que quisiera y sin hacer largos viajes. Visitas personales que se justificaban considerando que si bien podían comunicarse por radio o radioteléfono, como así era, en ocasiones podían preferir la conversación directa, evitando el riesgo de que alguien pudiese escucharla interceptando la onda...

Otra pregunta que se hizo Norman Kaplan: ¿qué había de interesante en aquel lugar, un poco al Norte de la localidad eminentemente turística de Hampton River? La respuesta única que encontró fue: nada.

Pero esto era relativo y discutible. Por ejemplo, para Norman Kaplan podía no ser nada una granja, y para Ho Mao Sing, al parecer podía serlo todo. Caminaban en la oscuridad por un camino que desde el pequeño embarcadero en la margen izquierda del Hampton River se dirigía tierra adentro. Una camioneta había estado esperando allí, para hacerse cargo de Charly Caracciolo, y ahorrarle la breve caminata. Sofía se fue con él, lo que pareció complacer mucho a Marianela, que se tomó de la mano de Kaplan, el cual la miró mosqueado.

—Fuiste muy valiente, Norman —susurró la muchacha.

El bello Kaplan farfulló algo, dedicando de nuevo toda su atención a lo que ocurría en su entorno. Por ejemplo, el yate Plutarco, apenas desembarcaron todos sus ocupantes se alejó del embarcadero, de nuevo rumbo al mar, y Norman Kaplan comprendió que Ho Mao Sing no quería que por culpa del yate le localizasen a él los miembros de la Mafia que habían enviado a Stefano y los demás «visitadores».

Dejarían el yate en cualquier lugar, y así, cuando lo encontrasen vacío tendrían tiempo de romperse la cabeza pensando dónde podía estar Carlo Caracciolo, mientras éste se reponía de su herida en la pierna... y continuaba haciendo sus planes o proyectos con Sing.

Norman sabía que estaban cerca de una granja por el olor. Su olfato era finísimo, como su oído. Y fue su olfato quien primero protestó por la percepción del ácido «aroma» de deyecciones de animales... ¿Qué animales?

—Huele a pollos —susurró Marianela.

Era cierto: a pollos. Pronto vieron las edificaciones chatas, recortadas apenas por sus luces de situación en una amplia zona. Al fondo se veía la forma de una casa normal, hacia la que caminaba Ho Mao Sing encabezando el grupo. Cuando llegaron a la casa habían pasado por entre filas de cobertizos que se suponían llenos de pollos. Cientos, miles, quizá millones de pollos. Una granja avícola. Sorprendente. Ho Mao Sing habló con dos hombres que salieron de la casa, y luego se volvió hacia Norman y Marianela.

—Carlo y su hermana ya están instalados en una habitación. Ahora los acompañarán a ustedes. Mañana normalizaremos la situación, pero en estos momentos creo que todos debemos descansar. Buenas noches.

La casa era grande, y el vestíbulo tan amplio que parecía un salón. Una vieja casa remozada. Había una escalinata al fondo, y Marianela, Kaplan y Melissa y Sergio subieron por ella, siguiendo a los dos silenciosos chinos. En el primer piso había no menos de una docena de habitaciones, y cada uno de los cuatro fue instalado en una de ellas. En alguna parte, antes de entrar cada cual en su habitación, oyeron los gemidos y protestas de Charly Caracciolo y la voz agria de Sofía recriminándole su falta de capacidad de sufrimiento.

A solas en su habitación, Norman Kaplan se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo. La Mafia y un chino que tenía toda la frialdad y características de un espía... Así estaban las cosas. Por un lado, Charly Caracciolo; por el otro lado, Ho Mao Sing, quien, posiblemente, pertenecía al Lien Lo Pou, el servicio secreto chino. ¿Encajaba esta combinación? Porque si la Mafia se ponía en contacto y establecía acuerdos con un grupo u organización de chinos dedicados al contrabando de drogas desde Oriente, todo tenía sentido y lógica, pero... ¿la Mafia y el Lien Lo Pou?

De repente a Norman Kaplan se le pusieron de punta los pelos de la nuca, al comprender lo que podía estar ocurriendo, lo que podía significar una alianza de estas características; fue, de nuevo, como una revelación celestial: el Lien Lo Pou apoyando los turbios negocios de la Mafia..., y la Mafia apoyando todo el sistema de espionaje del Lien Lo Pou.

—¡Santo Dios! —no pudo contener la exclamación Norman Kaplan.

Terminó de fumar el cigarrillo sin dejar de pensar en esto, y llegando a cada instante a conclusiones más y más escalofriantes en el mismo sentido. Apagó la luz de su dormitorio, y se acercó a la ventana, que abrió cuidadosamente. Se estremeció al recibir el impacto del fresco nocturno, más que considerable en aquel lugar y a aquellas horas... A una cierta distancia vio las luces de un vehículo, que se fueron acercando.

Kaplan permaneció inmóvil en la ventana, esperando la llegada del automóvil... y viendo mientras tanto a varios chinos deslizándose por entre los cobertizos de la granja. Contó no menos de cuatro hombres dando vueltas por allí, evidentemente vigilando, pero no a los pollos, claro que no.

El automóvil llegó, se detuvo ante la casa, y se apeó un hombre, que sacó un maletín y entró rápidamente en la casa. Un médico, que acudía a atender la herida de Charly Caracciolo, y, era de esperar, la de Giulio, y el pómulo partido de Melissa...

Norman Kaplan tuvo en aquel mismo instante una posibilidad que seguramente no se repetiría: podía saltar por la ventana, correr hacia el coche, y escapar en él antes de que los chinos de vigilancia tuviesen tiempo de reaccionar. Pero si hacía tal cosa era jugar a perder, porque cuando volviese a la granja con muchos efectivos sabía que allí sólo encontrarían pollos. Cientos, miles, quizá millones de pollos..., y nada más que pollos.

Y justo en el momento en que decidía, quedarse, se abría la puerta de su habitación, y alguien entraba rápidamente y cerraba de nuevo. Kaplan supo quién era antes de oír su voz:

—Norman... Norman, soy yo: Marianela... —Se oyó como un breve respingo, y en seguida—: ¿Qué haces en la ventana? ¡Con el frío que hace!

Kaplan cerró la ventana, y se acercó a Marianela Caracciolo, a la que veía bastante bien debido al resplandor de las luces de los cobertizos en la ventana.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó de mal talante.

—Quiero que me desflores.

—Haz el favor de marcharte de aquí.

—¿No quieres hacerlo?

—No puedo: soy impotente.

—Claro que no... —rió Marianela, abrazándose a él—. ¡Claro que no puedes ser una cosa tan tonta!

—Eso no es una tontería: es una desgracia.

—Oh, vamos, Norman, no seas antipático... ¡Házmelo, por favor! De verdad que no se trata ya sólo de fastidiar a Carlo... ¡Me he enamorado de ti, ya te lo dije!

—También dijiste que me ayudarías a escapar..., que escaparíamos juntos, y todo lo que haces es venir a fastidiar. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que tu primo termine por oírnos y ordene que me liquiden?

—¿Quieres hacérmelo o no?

—Mira, encanto, tal vez te lo haría si estuviésemos realmente solos en un sitio agradable, relajados y sin correr el riesgo de que alguien se entere de lo que hacemos y decida cortarme la cabeza. Cuando estemos en esa situación y en un sitio así estudiaré tu propuesta. Ahora... ¿quieres hacer el favor de dejarme en paz?

Marianela se apartó de Norman Kaplan, y le espetó:

—Te acordarás de este desprecio... ¡Te odio!

—Lo que me faltaba —se lamentó Kaplan—. Buenas noches, corazón.

La puerta batió fuertemente a espaldas de Marianela. Kaplan encogió los hombros, y estuvo un par de minutos temiendo que alguien entraría a ver qué ocurría, pero no fue así. Regresó a mirar por la ventana, ahora sin abrirla. Sí, podía saltar por ella, alcanzar el coche, y escapar sin dar tiempo nadie a reaccionar.

Pero si hubiera hecho tal cosa Norman Kaplan no habría correspondido a la confianza que su admirado Daniel Everett había depositado en él. De modo que se quedó.

* * *

—¡Ah, señor Kaplan! —le sonrió de aquel modo que espeluznaba Ho Mao Sing —... ¿Ha descansado usted bien? ¿Ha desayunado satisfactoriamente? ¿Le están tratando todo lo bien que yo ordené?

—No tengo ninguna queja —murmuró Kaplan, mirando a su alrededor sin ocultar su curiosidad—... ¡Qué despacho tan curioso!

—¿Curioso? ¿En qué sentido? A mí no me lo parece en ninguno, pero...

—No parece el despacho de una granja, con tantos mapas de todo el mundo.

—Ah, ah... Los mapas. Bueno, señor Kaplan, nosotros exportamos pollo americano a todo el mundo, envasados o congelados. Es natural que tengamos unos gráficos generales siempre bien a la vista. ¿No ha oído usted hablar de la American Chickens?

—No.

—Pues ésa somos nosotros —sonrió de nuevo Sing—: exportamos pollos americanos e importamos... cosas diversas. Tenemos una amplia red de comunicaciones y contactos comerciales en todo el mundo.

—Entiendo. ¿Y eso es lo que han ofrecido a Carlo Caracciolo para que pueda traficar con drogas en todo el mundo corriendo riesgos mínimos?

—A una persona tan inteligente como usted no puedo mentirle: podría ser eso, en efecto.

—¿Y qué reciben ustedes a cambio de Carlo Caracciolo?

—¿Le gustaría saberlo? ¿De verdad?

—Como gustarme me gustaría, pero... no sé si me conviene saber demasiado.

—Señor Kaplan —rió Ho Mao Sing—, usted me va gustando más a cada minuto de conversación que sostenemos. Tal vez estaría dispuesto a escuchar unas proposiciones mías que podrían proporcionarle interesantes beneficios.

—En principio me interesa lo que dice usted.

—Espléndido. Pero antes tengo... un asunto que me inquieta mucho, y desearía solventarlo, a fin de proseguir con mis actividades comerciales sin ninguna preocupación. Por favor, siéntese, señor Kaplan.

Ho Mao Sing había señalado un sillón, y Norman se sentó. El chino se acercó a un paño de pared en el que había unas estanterías metálicas con montones de papeles y archivadores, asió un extremo de las estanterías, y las atrajo, como si fuesen la tapa de un libro o una gran puerta. Dejó una pared lisa y sucia bien visible. Entonces apretó el suelo en un determinado punto, y la pared se descorrió en dos paneles a derecha e izquierda. Ante los ahora inexpresivos ojos de Norman Kaplan apareció un

gran mapa de los Estados Unidos de América, y, bordeándolo, no menos de veinte pequeños televisores, todos ellos apagados. A un lado había un tablero de mandos repleto de pequeños botones de tres colores: rojo, verde y blanco.

—No parece usted muy sorprendido, señor Kaplan —susurró Ho Mao Sing.

—Lo estoy tanto que me he quedado mudo. ¿Qué es todo esto?

—Es un sistema de vigilancia de toda la factoría. Es muy grande, y a veces los hombres empleados en los diferentes servicios no pueden abarcar todo el terreno y las instalaciones, de modo que tenemos... un sistema moderno de control, por si ocurriese cualquier accidente.

—Realmente ésta es una granja muy moderna.

—Sí. Bueno, como usted ya habrá comprendido, cada juego de botones activa uno de los receptores de imágenes con su correspondiente sistema de vídeo, que puede pasarse luego a velocidad normal o acelerada. Yo, señor Kaplan, voy a tener con usted un gesto de confianza dejándole al frente de todo este conjunto de vigilancia, que es facilísimo de manipular.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Durante el día de hoy —le miró fijamente Ho Mao Sing— irán viniendo muchas personas a la granja, a realizar diferentes gestiones. Yo las atenderé normalmente, tanto si se trata de acompañarlos por ejemplo a una de las incubadoras como si se trata de invitarlos a tomar un trago o café en el salón contiguo a este despacho. Usted permanecerá aquí todo el día, viendo todo lo que irá sucediendo en la granja, fijándose en todos los visitantes..., y, señor Kaplan, cuando entre ellos vea al chino que fotografiaba el yate Plutarco olvídense de las demás cámaras y concentrase en ésa, asegúrese de que el vídeo funciona a la perfección y de que yo dispondré de esas imágenes. ¿Me comprende?

—Desde luego. ¿Está seguro de que ese chino vendrá?

—Si es lo que todos pensamos tendrá que venir, porque me las he arreglado para que hoy pasen por la granja todos mis... asociados y empleados.

—Pero ninguno sabe que los estaremos vigilando.

—No, no lo saben. La mayoría conocen este sistema mío de control de la granja, pero saben que solamente yo lo utilizo, de modo que si me ven con ellos no temerán ni sospecharán nada. Por eso es tan importante su colaboración, señor Kaplan. ¿Puedo confiar en ella con toda sinceridad?

—No puedo hacer otra cosa, si quiero mantener la esperanza de continuar con vida —refunfuñó Norman Kaplan.

—Le aseguro que no se arrepentirá de haberme ayudado. Y ahora, cada cual a lo suyo. Le explicaré brevemente cómo funciona todo esto, y tengo la certeza de que un hombre tan inteligente como usted lo comprenderá en seguida...

Ni siquiera necesitó diez minutos el chino para instruir a Norman Kaplan en el manejo de todo el sistema de control. Hecho esto, se fue, dejando solo en su cubil directivo al más que mosqueado Norman Kaplan, que tenía la certeza de que Ho Mao

Sing estaba haciendo su propio juego tendiéndole alguna trampa.

Porque... ¿cabía imaginar que un agente del Lien Lo Pou (si es que lo era) dejase solo a un desconocido ante semejante cuadro de mandos?

—Veremos qué pasa —susurró Norman Kaplan.

Comenzó a poner en funcionamiento todo el sistema, conectando todas las pantallas, pero sin poner en marcha por el momento los correspondientes videos, aunque no tenía necesidad ninguna de ahorrar cintas, ya que tenía de sobras en unas estanterías.

Pollos envasados y congelados. El mapa de los Estados Unidos de América. «American Chickens». Y la Mafia. ¿Y el Lien Lo Pou?

Muy pronto comenzaron a llegar los visitantes a la granja de Ho Mao Sing. Los primeros fueron dos chinos, en una vieja camioneta. Parecían padre e hijo a juzgar por sus respectivas edades y por cierto innegable parecido físico. En una de las pantallas de televisión Norman Kaplan estuvo viendo llegar la camioneta, los vio apearse de ésta frente a la casa, luego los vio en el salón conversando con Ho Mao Sing...

El siguiente fue un chino de no menos de setenta años, de aspecto frágil pero de ojos vivos y astutos, que llegó, sorpresa de sorpresas, en bicicleta. Los siguientes tres chinos jóvenes y bien vestidos, llegaron en un automóvil con matrícula del Estado de Nueva York...

Norman Kaplan iba alternando el estudio de los visitantes con vistazos a los cobertizos donde se hacinaban miles y miles de pollos. Era una auténtica granja con todos los aparatos más modernos para su funcionamiento, y gran cantidad de empleados..., todos ellos de raza china. La visión de los cobertizos llenos de pollos era mareante, y producía la extraña sensación de que la vida no tenía importancia alguna, no tan sólo para los pollos, sino para las personas. Filosofando a solas, Norman Kaplan se dijo que a fin de cuentas las personas vivían como los pollos, hacinados, esperando la hora de su muerte sin haber vivido la vida verdadera, simplemente produciendo para otros...

Al mediodía, Ho Mao Sing le hizo una visita, interesándose por la marcha de la vigilancia, y, naturalmente, por la visita del supuesto traidor, a lo que Norman Kaplan replicó que todavía no lo había visto.

—Entonces lo verá esta tarde —dijo fríamente el chino—, porque va a venir el grupo más importante. De momento será mejor qué todos comamos algo y descansen un poco. ¿Tiene algún problema, necesita algo...?

—A decir verdad me estoy divirtiendo..., y siento un gran interés por todo esto. Supongo que a usted no le haría gracia que escribiera una novela utilizando parte de esta realidad y añadiéndole algo de mi fantasía.

—Me temo que no me haría ninguna gracia —sonrió Sing.

CAPÍTULO VIII

Hacia las cinco de la tarde llegó un grupo inusitadamente numeroso, compuesto por no menos de quince hombres, todos ellos de raza china, que se reunieron de buenas primeras en el salón. Para entonces, Norman Kaplan había visto ya en las pantallas tantos rostros de chinos que podía tener la sensación de hallarse en la mismísima China.

Comprendió la importancia del último grupo cuando al poco de haber entrado en el salón acompañados por Ho Mao Sing apareció Charly Caracciolo, que se apoyaba en dos chinos empleados de la American Chickens y al que acompañaba su hermana, muy solícita.

—Vaya... —masculló Norman—. ¡Por fin podré enterarme de algo! Es decir, si Caracciolo no se pone ahora a hablar en chino...

Charly Caracciolo no hablaba chino, y esto quedó pronto bien claro, para satisfacción de Norman Kaplan.

La conversación, tras los preliminares de cortesías y algunas presentaciones, la inició uno de los chinos visitantes, cuya edad se aproximaba a los setenta años:

—Nos ha dicho Ho Mao Sing que por su parte todo estaría dispuesto para la gran acción que afianzaría nuestro convenio en un par de días. ¿Lo cree posible, señor Caracciolo? Dos días es muy poco tiempo para eliminar a tantas personas.

—Cuando acudí al embarcadero de Hampton Beach con mi yate ya tenía montados todos los asesinatos.

En realidad, todo lo que necesitaba era la confirmación de las condiciones de ustedes para nuestra alianza.

Estoy herido y acosado en estos momentos, pero todavía soy Charly Caracciolo, y a una orden mía por teléfono todo mi plan de exterminio se pondrá en marcha. ¿Mantienen ustedes su oferta?

—Desde luego —asintió el viejo chino—: nosotros le facilitaremos a usted tales vías de penetración de estupefacientes, procedentes de Europa y especialmente de Oriente, que no habrá organismo estatal alguno en ningún país americano, y ni siquiera en Estados Unidos, que pueda controlar sus negocios en ese sentido. Asimismo contamos con el sistema de distribución y contacto «comerciales», tanto en Estados Unidos como en países de América y Europa, de la American Chickens: Señor Caracciolo, si usted cumple su parte nosotros cumpliremos la nuestra de apoyarle en su jefatura de la Mafia Mundial empezando por la norteamericana. En muy poco tiempo usted será el más importante director que jamás haya tenido la Mafia en toda su historia, y su poder será ilimitado. Esta oferta le hicimos y esta oferta mantenemos..., siempre y cuando, permítame insistir en ello, usted cumpla su parte.

—Cumpliré mi parte —asintió Carlo Caracciolo—: si ustedes me colocan en esa posición yo pondré todos los hombres, recursos y dispositivos de la Mafia Mundial al servicio del espionaje chino... ¿Cómo...? Ah, sí, el Lien Lo Pou. Me cuesta retener los nombres chinos —sonrió.

El anciano chino también sonrió.

—Bastará con que recuerde usted que mientras sirva al Lien Lo Pou, el Lien Lo Pou le servirá a usted. Es una alianza que nadie podría esperar, y que nos será muy beneficiosa a ambas partes. Pero tengo entendido que no podrá ponerse en marcha ese mecanismo hasta que hayan desaparecido ciertos jefes de la Mafia que no le ven a usted con buenos ojos, y que, especialmente media docena de esos hombres, jamás admitirían las relaciones Mafia-Lien Lo Pou.

—Ya les he dicho que esos hombres están condenados a muerte. Sólo tengo que hacer una llamada telefónica y mis órdenes entrarán en vigor inmediatamente. Todos los personajes de la Mafia que nos molestan para nuestros planes serán eliminados por especialistas que, sólo obedecen mis órdenes. En cuanto yo dé esa orden podré considerarme el más alto y temido jefe de la Mafia..., y ustedes tendrán lo que quieren.

—Y usted también, señor Caracciolo. El espionaje chino siempre ha tenido dificultades porque nuestros agentes no pueden pasar desapercibidos en el mundo occidental. Si contásemos con hombres de la Mafia podríamos extendernos como nunca en toda nuestra historia en todos los continentes, lo cual nos daría un gran poder... que sabríamos aprovechar en el momento oportuno. Mientras tanto usted sería el más alto rey que jamás hubiera tenido la Mafia... Bien, creo que no es necesario que repitamos más unos conceptos y acuerdos que tan claros tenemos todos en nuestras mentes. ¿Cuándo dará usted la orden de que esos altos jefes que se nos oponen sean asesinados?

—Por mí cuanto antes, pues de momento son ellos los que deben haber dado orden de que me busquen.

Ya enviaron a cinco hombres a buscarme, y al no haber conseguido su objetivo insistirán. De modo que, tal como están las cosas, en estos momentos se trata de ellos o yo. Así que ya les digo: por mí cuanto antes.

—¿Podría ser ahora, señor Caracciolo?

—Desde luego. Sólo necesito un teléfono.

—Pues ahí lo tiene —señaló sonriente Ho Mao Sing.

Y acto seguido, miró justo hacia el objetivo de la cámara de televisión que enviaba las imágenes al despacho donde estaban Norman Kaplan, el cual vio en las facciones del chino una sonrisa de lo más perversa y maligna.

—Será buena cosa que usted y Ho Mao Sing —decía el chino anciano— se compenetren bien desde el principio, habida cuenta de que usted será el rey de la Mafia y él nuestro jefe absoluto en todo el sistema de espionaje en el continente americano.

La atención de Kaplan se distrajo un momento al ver a Sofía Caracciolo que se dirigía hacia la puerta del salón. La vio salir, frunció el ceño pensando adonde debía dirigirse la ninfa obesa, y regresó su atención a la conversación del salón. ¡El rey de la Mafia...! Vaya, un nuevo título a inscribir en los libros de las realezas.

«Te voy a matar —pensó Norman Kaplan, fija su mirada en el rostro malvado de Charly Caracciolo—. No sé cómo, amiguito, pero te voy a matar, y ciertamente que será un asesinato regio, como te mereces... Voy a convertir tu asesinato en toda una obra de arte, va a ser el asesinato más artístico que jamás haya tenido un jefe de la Mafia...».

La puerta del despacho se abrió, y entró Sofía rápidamente, cerrando tras ella. Kaplan se la quedó mirando mientras ella se le acercaba, sonriente, preguntando:

—¿Te estás divirtiendo?

—Lo seguro es que no me aburro. ¿Qué haces aquí?

—Ya me conozco toda esa historia —señaló las pantallas—, así que se me ha ocurrido venir a alegrarte un poco tu soledad.

—Estoy muy ocupado, Sofi.

Le volvió la espalda, y reanudó sus manipulaciones con los casetes de vídeo. Sofía Caracciolo lo miraba torvamente, y, por fin, masculló:

—Quizá serías más amable si estuviese aquí Marianela.

Norman Kaplan se volvió a mirarla directamente.

—Puede que sí. Para serte sincero tengo la intención de marcharme de aquí con ella cuando termine mi labor de ayudar a Ho Mao Sing.

La insidiosa provocación de Kaplan dio en el blanco. Vio palidecer de rabia a Sofía, que jadeó:

—De modo que ésas tenemos... ¡Y crees que podréis marchar los dos!

—Ella no quiere a tu hermano, sino a mí.

—¿Y tú a ella?

—Sí. Escucha, Sofi, no pretendía herirte, pero son cosas que...

—Pero... ¡maldito imbécil! ¿De verdad crees que os vamos a dejar marchar?

—Ho Mao Sing me ha prometido...

—¿Con quién te crees que estás tratando? —Se adelantó agresivamente Sofía Caracciolo—. ¡Estás creyendo que nos tomas el pelo cuando está sucediendo exactamente al revés! En primer lugar, cretino, Ho Mao Sing no te ha creído en ningún momento, pero, por si acaso en efecto tenía en su grupo un posible traidor, cosa que no hay que descartar nunca, te ha ido dando cuerda... Pero él sabe que no lo tiene, y así, cuándo al marcharse esos hombres él venga a preguntarte cuál es el traidor y tú le digas que no lo has visto..., ¿qué te parece que hará?

—Dímelo tú.

—Te cortará la cabeza.

—Eso es lo que quería oír precisamente; querida —sonrió Kaplan—. Naturalmente ya sabía que ésas tenían que ser sus intenciones, pero quería

asegurarme, para tomar mis decisiones.

—¿Tus decisiones?

—Quiero decir que si hubiera habido alguna posibilidad de que Ho Mao Sing me hubiera introducido en su futura red de espionaje naturalmente que yo habría continuado a su lado para mejor servir los intereses de la CIA y de Estados Unidos, pero en vista de que...

—¿De la CIA? —jadeó Sofía, saliendo de su asombro.

—No sois demasiado listos vosotros tampoco —sonrió de nuevo Norman Kaplan—. Porque apuesto cualquier cosa a que si se os ha ocurrido que yo podía ser de la CIA.

—¡De la CIA! ¡Más motivo para que Sing te corte la cabeza...! Pero eso será después de que yo haya terminado de gozarte, pero le pediré que te encierre en una habitación, y estaré usando de tu cuerpo hasta aburrirme... ¡Y lo mismo hará Carlo con esa zorra de Marianela!

—Ya, ya. Pero eso será si mis decisiones os lo permiten, ¿no? Porque, querida gordita, los demás también toman decisiones, no sólo vosotros, ¿comprendes? Y mi decisión es la siguiente: escapar de aquí antes de que todos los de esta casa, chinos y no chinos, tengan tan siquiera tiempo de pensar en que algo raro está ocurriendo.

—¡No conseguirás escapar jamás! ¡Vas a ver...!

Parecía talmente que Sofía Caracciolo se estuviera hinchando como un globo mientras recogía aire para expelerlo en un grito que, sin duda, habría traspasado paredes y puertas; pero Norman Kaplan no le dio tiempo: saltó hacia ella, pasó detrás, y la sujetó con un brazo por el pecho y con la otra mano le tapó la boca. Sofía estuvo engañada durante unos segundos respecto a la potencia física de Kaplan, creyendo que lograría desprenderse de sus brazos, pero finalmente tuvo que comprender que jamás podría desprenderse de ellos, y entonces, ya sintiendo que comenzaba a perder el conocimiento debido a la falta de aire, recurrió a un truco que sí sorprendió al agente de la CIA: alzó una pierna, se subió la falda, y retiró de una liga especial la navaja de resorte que llevaba en ella.

Norman Kaplan tuvo noticia de la existencia de esa navaja al oír el chasquido del resorte que impulsó la hoja fuera del mango, y eso le sorprendió tanto que dio tiempo a Sofía a asestarle el primer navajazo hacia atrás, hundiéndole la hoja de acero en el costado derecho. Kaplan respingó al sentir el frío pinchazo, y empujó lejos de sí a Sofía, que cayó de bruces al suelo, pero se revolvió en el acto y quedó arrodillada y mirando con ojos desorbitados a Kaplan, que a su vez miraba atónito la navaja en la mano de la gorda, que goteaba sangre.

—Te voy a arrancar las entrañas —jadeó Sofía, comenzando a ponerse en pie—. ¡Te voy a arrancar las entrañas, y te voy a cortar los...!

Norman no tuvo más consideraciones. Dio un paso hacia ella, y le propinó un escalofriante patadón en el bajo vientre.

Sofía, que terminaba de incorporarse se inmovilizó en seco, emitió un profundo

mugido como de vaca herida, y se desplomó de bruces. Norman soltó un bufido, miró acto seguido a las pantallas, y volvió a manipular con las casetes de éstas. Tras él, encogida, Sofía Caracciolo parecía muerta.

Tan muerta que, finalmente, Norman se acercó a examinarla, quedando pasmado, pues, en efecto, la gorda ninfómana estaba muerta. Norman hizo un gesto de contrariedad, pues no había pretendido matarla, sino impedir que continuase molestándole o que gritase. Bien, la cosa ya no tenía remedio, así que se puso en pie y miró de nuevo a las pantallas.

En éstas, Carlo Caracciolo, Ho Mao Sing y los demás chinos seguían haciendo sus planes fabulosos.

Norman no tuvo que pensárselo mucho, pues la cuestión no admitía precisamente fantasías; tenía que escapar de allí, y pronto, sin complicarse la vida... y llevándose la casete que había estado utilizando para grabar trozos de las escenas vistas en las pantallas y los rostros de todos los visitantes. El proceso había sido muy simple: cada vez que llegaba alguien nuevo Norman introducía durante unos segundos una casete que había seleccionado y en la que se iban acumulando los rostros de todos los visitantes. Luego, simplemente, colocaba la casete de cada receptor en su sitio y todo seguía normal.

Como consecuencia, ahora tenía una casete que contenía ni más ni menos que los rostros de todos los jefes que el Lien Lo Pou había estado preparando durante años para ocupar la jefatura en diferentes países y sectores de todo el continente americano...

Norman Kaplan escondió esta casete bajo la cazadora, y salió del despacho, dejándolo todo en marcha.

En el vestíbulo había un chino, que miró vivamente a Norman, el cual le hizo señas de que se acercara y regresó rápidamente al despacho. Recogió la navaja de Sofía, fue a la puerta, y aprovechando el propio impulso del chino, que entraba en aquel momento pistola en mano, le hundió la navaja con seco impacto a la altura del corazón, en un tremendo golpe horizontal. El chino abrió los ojos y la boca, pareció que fuese a decir algo, y cayó hacia delante lentamente, mientras Norman Kaplan se quedaba con su pistola en la mano, tras tirar la ensangrentada navaja. Metió la mano izquierda bajo el chaquetón, y notó el cálido y pegajoso contacto de la sangre. No moriría de aquello, pero la ninfa le había fastidiado bien...

Cruzó el vestíbulo y se lanzó escaleras arriba. Cuando entró en el dormitorio de Marianela ésta se hallaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior, y se quedó mirándolo expectante, sorprendida.

—¿Fuiste tú quien envió la nota a la CIA? —espetó Norman.

—¿Eh...? ¿Qué... de qué nota...?

—¡No podemos perder ni un segundo! ¿Fuiste tú o no fuiste tú?

—Sí, yo... ¡No me digas que tú eres...!

—Ven conmigo. Y sin perder tiempo, olvídalo todo... ¡Vamos!

Marianela corrió hacia la puerta. Bajaron a toda prisa al vestíbulo, donde no había nadie. Norman abrió la puerta de la casa, y salieron. Delante de la casa había varios vehículos, y Kaplan señaló en seguida el mejor de ellos.

—Ve allá y ponte al volante. Si no están las llaves arranca los hilos y haz un puente... ¿Sabes hacerlo?

—No... No.

Dos chinos que había junto a los cobertizos estaban mirando hacia allí y haciendo comentarios, visiblemente intrigados. Comenzaron a acercarse, primero indecisos, pero corrieron cuando vieron que Norman y Marianela corrían hacia los vehículos...

—¡No te detengas! —gritó Kaplan.

Uno de los chinos gritó algo, y cerca de la casa apareció corriendo otro chino. Norman le apuntó una fracción de segundo, disparó, y pareció talmente que el chino levantase el vuelo hacia atrás, para caer de coronilla. El estampido del disparo resonó fuertemente en el tranquilo atardecer de la granja de pollos.

Los dos chinos se habían detenido, y estaban disparando..., pero lo hacían muy mal, o, cuando menos, mucho peor que Norman, que disparó dos veces y terminó con el problema; uno de los chinos cayó fulminado con una bala en el corazón, y el otro comenzó a dar grotescos saltos con una bala en el vientre, que terminó por abatirlo entre fortísimos alaridos.

Para entonces ya todo estaba lleno de chinos que aparecían por todas partes, casi todos ellos armados, pero sin saber qué ocurría ni qué debían hacer..., mientras Norman y Marianela llegaban al coche, junto al cual se detuvo la muchacha, lo que hizo gritar a Kaplan:

—¡Entra al coche, boba!

Entró en primer lugar, vio las llaves en el contacto, y arrancó sin perder un instante. Marianela se sentaba entonces junto a él, mirándolo con los ojos casi fuera de las órbitas.

—¡Cambia de sitio conmigo! —exigió Norman.

Hicieron el cambio de un modo que dejó a la muchacha alucinada, y Norman se asomó por la ventanilla de su lado y de dos disparos abatió a dos chinos que corrían acercándose al coche y disparando contra éste, de modo que algunas balas rebotaron en la carrocería. Kaplan se volvió a mirar a Marianela, que estaba paralizada.

—¡Arranca, vámonos ya! —le gritó—. ¡Vamos, arranca!

El coche pareció saltar. Un chino apareció delante, y Marianela, gritando, hizo el gesto para mover el volante y esquivar el obstáculo, pero Norman se lo impidió, sujetando el volante, de modo que el chino recibió de lleno la embestida del coche y saltó por el aire como un muñeco...

—¡Frena! —gritó Norman.

Todavía no estaba el coche detenido cuando ya había saltado y retrocedía hacia donde había caído la pistola del chino atropellado. La recogió, y miró hacia la casa, en cuyo porche habían aparecido ya Ho Mao Sing y los demás chinos que habían

estado con él y con Charly Caracciolo en el salón..., e incluso el propio Charly estaba allí. Norman Kaplan apretó los labios, alzó la pistola, y apuntó brevemente a Carlo Caracciolo.

¡*Pack, pack!*, sonaron los trallazos de sus disparos. Junto a Charly Caracciolo uno de los chinos falleció en el acto al recibir el balazo en la cabeza. Charly lanzó un berrido cuando la otra bala pasó rozando su calva cabeza abriendo en lo alto un corte perfecto y poco profundo, como si acabasen de pasarle un bisturí; en el acto, por los lados de la cabeza parecieron descolgársele dos cortinillas de sangre..., mientras vibraba en el aire su alarido de espanto.

Algunos chinos se habían metido en dos de los vehículos estacionados delante de la casa, y rodaban ya en persecución del ahora detenido coche a cuyo volante aguardaba Marianela. Norman disparó de nuevo, con su puntería mortal, y uno de los coches, reventados los dos neumáticos delanteros, dio dos vueltas y fue a estrellarse contra el más cercano cobertizo de pollos, quedando envuelto en llamas al mismo tiempo.

El otro coche no salió mejor librado: los dos disparos reventaron el parabrisas, se vio por un momento el rostro del conductor lleno de sangre, y en seguida el coche dio una vuelta y media de campana, cayó sobre el techo, se incendió, y, como una enorme antorcha, se deslizó sobre su techo hacia otro cobertizo, que reventó como si fuese de galleta y del cual comenzaron a salir también miles de pollos con un escándalo insoportable.

—¿Qué te parece? —Pareció pasmarse Norman, sonriendo.

Se dio cuenta de pronto de que no quedaba ningún enemigo a la vista, y comprendió lo peligroso que esto era en realidad para él, pues significaba que se habían escondido; lo cual significaba a su vez que ahora, considerándose a salvo de sus disparos, se asomarían con más cautela y serenidad... y podían acribillarlo en pocos segundos.

De modo que dio la vuelta, corrió hacia el coche, y se sentó junto a Marianela en el momento en que comenzaban a sonar los disparos. Todo el coche pareció un gigantesco tambor aporreado por locos.

—¡Arranca y da la vuelta! —gritó Norman—. ¡Vuelve hacia la casa! ¡Sin rechistar!

Marianela obedeció, convertida en una autómatas a la que el miedo impulsaba a acatar las órdenes de aquel torbellino llamado Norman Kaplan, tan modosito hasta entonces. Y comprendió lo que pretendía Norman cuando éste comenzó a disparar contra los vehículos que quedaban, haciendo explotar los depósitos de gasolina y convirtiendo el lugar en un infierno en manos de medio minuto. Había fuego, humo negro, altas llamaradas retorcidas y rugientes, chinos heridos, y pollos por todas partes...

Talmente parecía que hubiese pasado por allí un batallón de demoliciones, cuando lo cierto era que se trataba de la obra de una sola persona. Persona que, cuando ya

Marianela conducía por una carretera tranquila y solitaria, se relajó, reflexionó unos segundos, y dijo:

—Lo siento por los pollos.

* * *

Tres días más tarde, Norman Kaplan viajaba en automóvil en compañía de Daniel Everett, ambos en el asiento de atrás, conducido el vehículo por un agente de la CIA compañero de ambos. Invariablemente, la conversación durante aquellos tres días había sido la misma, y todavía seguía:

—Tenía que ser ella por fuerza quien hubiera enviado la nota —insistía Norman —, o sea, alguien que no podía hacer contacto con otras personas, pues no conocía las direcciones de nadie de la Mafia, ya que nunca había querido saber nada con ésta. Y al no poder enviar notas a nadie, optó por la CIA, pues sabía que la carta llegaría a Langley, de un modo u otro, a la Central. Hasta entonces Marianela había estado soportando las pillerías de sus primos, pero cuando se enteró de que estaban tramando todo eso del espionaje ya no quiso tolerarlo.

—Ya me has contado eso veinte veces, Norman —le miró Everett.

—Sí, lo sé. Es que quiero que quede bien claro que ella nunca estuvo de parte de esa conjura, ni tan siquiera de las actividades de la Mafia. Si estaba con Charly Caracciolo era porque éste la obligaba. La retenía prisionera y escondida para...

—Demonios, que ya sabemos todo eso. Déjalo ya, hombre. ¿Cómo hay que decirte que nadie va a molestar a la muchacha? Nosotros, porque nos prestó un servicio inmenso, y la Mafia porque gracias a ella la CIA intervino y les hemos facilitado el asunto... ¿Falta mucho, Ray?

—Unos cinco minutos, según las informaciones que me dieron los muchachos por radio.

—Bien. —Everett movió la cabeza como expresando cierto reproche...

En cualquier caso yo diría que nosotros hemos tenido muy mala leche al proyectar por televisión la casete que te trajiste de la granja, Norman.

—¿Mala leche? ¡La madre que los parió...! ¡Querían utilizar todos los recursos de la Mafia para montar un tinglado de espionaje que en pocos años había sido de los más poderosos del mundo, y dices que nosotros hemos tenido mala leche...! ¿Y qué me dices de Charly Caracciolo? Quería cargarse una docena de mafiosos de los más importantes sólo porque se oponían al asunto...

—Ésos también tienen mala leche —murmuró Everett—. Gracias a que nosotros facilitamos copias de tu casete a todas las emisoras de televisión tanto Ho Mao Sing y sus chinos como Charly Caracciolo quedaron en evidencia, y ya has visto los resultados: han cazado a Sing y a Caracciolo..., y los otros chinos que apoyaban el plan de asesinar a esos altos jefes de la Mafia no irán muy lejos, puedes estar seguro. ¡La Mafia no dejará ni uno solo!

—Por el momento —dijo el agente que conducía—, ya se han cargado a Carlo Caracciolo y al tal Ho Mao Sing, que no es poca cosa... y desde luego ya veréis cómo seguirán enviándonos avisos diciendo dónde iremos encontrando toda una ristra de cadáveres de chinos. ¡Pues no es nadie la Mafia cuando le entra el cabreo...!

—Me parece que estamos llegando —señaló hacia delante Norman.

En efecto, pocos segundos después el camino terminaba frente a una vieja granja evidentemente abandonada, pero frente a la cual había dos automóviles estacionados, y algunos hombres. Uno de ellos acudió al encuentro de los recién llegados, que salieron prestamente del coche.

—¿Qué tal, James? —saludó Everett.

—Bien. Es decir, con el estómago revuelto. Si queréis verlos solo tenéis que entrar. ¡Vaya cuadro...!

Los tres recién llegados entraron en la granja. Había un gran recibidor-comedor-cocina destartado y polvoriento. La luz del sol llegaba allá como un polvoriento resplandor amarillo sucio. De las vigas del techo pendían dos cuerpos. Uno de ellos, el del chino Ho Mao Sing había sido primero acribillado a balazos y luego colgado por el cuello. Su aspecto era horrible.

Pero todavía era más horrible el aspecto de Charly Caracciolo. En la cabeza de éste se veía una ancha tira de esparadrapo cubriendo la herida que le infiriera Norman Kaplan en la granja de pollos, y esto parecía contribuir a su espantoso aspecto: Le habían cortado las orejas, lo habían abierto en canal, y lo habían colgado no de una sogá, como a Sing, sino por medio de un gancho clavado en su garganta...

El agente Ray barbotó algo, dio la vuelta, y salió disparado del lugar. Everett y Kaplan cambiaron una mirada, y el primero dijo:

—Ha sido mejor así que si lo hubieras matado tú, tal como deseaste. A fin de cuentas, entiendo que te interesa la prima, ¿no?

—¿Cómo que no lo he matado yo? —murmuró Norman Kaplan—. ¿Quién tuvo la idea de la casete para que la propia Mafia lo cazara? No lo he matado directamente, pero me lo he cargado y bien cargado. Y nadie puede dudar que sea un asesinato artístico y bien artístico. Imagínate: sin tan siquiera tocarlo... ¡y mira cómo lo he dejado!

Daniel Everett movió la cabeza, y dijo:

—Me parece que tanto tú como yo vamos a iniciar una nueva etapa profesional. A fin de cuentas, los dos hemos demostrado que sabemos hacer aquello que nos proponemos hacer. Demonios, salgamos de aquí...: ¡Esto está lleno de moscas hambrientas...!

Éste es el final

—Lo siento por ti —murmuró Norman—. A fin de cuentas era tu primo.

—Era un cerdo criminal —replicó Marianela—, y lo han tratado cómo se merecía. No debes sentirlo en absoluto, Norman.

—Me alegra mucho que pienses así.

—¿Cómo habría de pensar? No era bueno con nadie, y en cuanto a mí personalmente me tenía prisionera y me trataba como una esclava..., a la que finalmente habría desflorado en plan dueño y señor. ¡Por el amor del cielo, en el año mil novecientos ochenta y cuatro...! ¡Esas cosas ya no se hacen!

—No... Claro. Bien, me marcho ya... Solamente he venido a decirte lo de Charly, y que puedes vivir tranquila donde quieras. Puedes marcharte de este lugar cuando gustes y a donde gustes.

—Estupendo —sonrió Marianela... ¿Me perdonas un minuto?

—Claro.

La muchacha se alzó del sofá del saloncito del *bungalow*, y desapareció hacia el interior de éste. Norman Kaplan estuvo unos segundos como dubitativo, y terminó por ponerse en pie y acercarse a una ventana.

Afuera debía hacer frío, pero allí dentro se estaba, estupendamente, pues el fuego de la chimenea proporcionaba calor más que suficiente a la pequeña cabaña donde la CIA había escondido a Marianela Caracciolo a la espera de que no hubiera peligro para ella. El lugar era poco usual, lleno de pinabetes, aislado, tranquilo... Se estaba poniendo el sol, y todo parecía adquirir un tono deliciosamente anaranjado.

Kaplan torció el gesto. De buena gana se habría quedado allí a pasar la noche...

Sí, señor, era una buena idea. Podía pedírselo a Marianela: cenar juntos, charlar... Pero las cosas habían cambiado, ella no tenía que temer ya las agresiones de ninguna clase por parte de Charly Caracciolo, así que... Porque bien mirado Marianela le gustaba. ¡Vaya si le gustaba! Era la chica más...

—Espero que cumplirás tu palabra —oyó la voz de ella a su espalda.

Kaplan se volvió. Ella estaba en el umbral del saloncito, completamente desnuda bajó una camisita de dormir que parecía de cristal azul. Norman Kaplan tragó saliva, y susurró:

—¿A qué te refieres...?

—Dijiste que me lo harías cuando estuviéramos solos en un sitio tranquilo, relajados y sin correr ningún peligro. ¿No te parece bueno este sitio?

—Vaya —dijo Norman Kaplan, tomando aire profundamente—. ¡Ya lo creo que es un buen sitio!

Y casi corrió hacia Marianela Caracciolo.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales, etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...